468 11

VIDA POR HONRA,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN PROSA,

DE

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Obra estrenada en el Teatro del Príncipe
á 9 de Octubre de 1858.

N.º 321.

MADRID.
IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. ANTON, 26.
1858.

Al Sr. D. Mariano Gil y Baus
su amigo afectísimo
Juan Eugenio Hartzenbusch

Esta obra, es propiedad de DON PABLO AVECILLA, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que distingue á los legítimos.

PERSONAS DEL DRAMA.	ACTORES.
DON JUAN DE TÁSSIS ó TÁRSIS, *Conde de Villamediana.*	Sr. D. José Valero.
GABRIEL TOVAR. . . .	Sr. D. Fernando Ossorio.
PAULA REINA. . . .	Sra. Doña Josefa Palma.
JUSEPA REINA, *niña.* .	Srta. Doña Rafaela Tirado.
DON DIEGO FRANCOS DE GARNICA, *Alcalde de Casa y Córte.* . . .	Sr. D. Jerónimo Sunyé.
PEDREGUERA, *Escribano*	Sr. D. Emilio Mario.
ALONSO MATEO. . . .	Sr. D. Antonio Pizarroso.
SANTOYO.	Sr. D. Benito Chas de Lamotte.

La Marquesa de Toral.—Doña Guiomar.—Inés.—Petronila.—Caballeros.—Un Ciego.—Un Rosariero.—Un Alojero.—Una Frutera.—Un Santero.—Mancebos de tienda.—Un Escudero.—Una Dueña.—Alguaciles.—Pueblo.

La accion pasa en Madrid, año de 1622.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de una casita en la calle del Arenal. A la mano izquierda del espectador, puerta que da á la calle; á la derecha, otra puerta que comunica con las piezas interiores. En el fondo, un armario embebido en la pared. Una mesa con varios papeles y recado de escribir; sillas y otra mesa de escaparate. Un par de cuadros en las paredes.

ESCENA PRIMERA.

GABRIEL, *descubierto y en cuerpo; el Alcalde de Corte* D. DIEGO FRANCOS DE GARNICA, *el Escribano* PEDREGUERA *y varios* ALGUACILES, *todos saliendo por la izquierda.*

ESCRIB. No habeis tardado poco en abrir la puerta!

GABRIEL. Lo que habeis tardado en decir quién sois.

ESCRIB. La Justicia, en el modo de llamar se conoce.

GABRIEL. La conocerá quien la hubiere oido. Como es la primera vez que tengo la honra de veros por mi casa...

ALCALDE. Dad al Escribano las llaves de ella, porque van á registrarla toda en nombre de S. M. Don Felipe IV.

GABRIEL. Las puertas ó trastos con llave la tienen consigo. No hay cosa de interes que guardar aquí.

ALCALDE. (*A los Alguaciles.*) Haced ese reconocimiento con escrupuloso cuidado. (*Registran dos Alguaciles el escaparate, no hallan lo que buscaban,*

y cierran. Otros abren el armario del fondo, en el cual aparecen una capa y un sombrero, cada cosa en su percha, y una espada debajo, sostenida horizontalmente en dos ganchos. Cierran el armario, y se entran todos los Alguaciles por la puerta de la derecha.) Sentáos, Pedreguera. (*A Gabriel.*) Formad la señal de la Cruz, mancebo. ¿Jurais por Dios N. S. decir la verdad en cuanto se os pregunte?

GABRIEL. Sí juro. (*Siéntase el Escribano y escribe.*)

ALCALDE. Cómo os llamais?

GABRIEL. Gabriel Jimenez.

ALCALDE. Vuestra patria.

GABRIEL. Valladolid.

ALCALDE. El estado.

GABRIEL. Soltero.

ALCALDE. Nombres de vuestros padres.

GABRIEL. Segun mi partida de bautismo, que podrá vueseñoría ver en ese legajo (*El que está sobre la mesa.*), soy hijo de Gabriela Jimenez y de padre desconocido.

ALCALDE. Con qué motivo os hallais en Madrid?

GABRIEL. Con el de buscar acomodo en alguna casa principal.

ALCALDE. Y ¿de qué desearíais acomodaros?

GABRIEL. De secretario, de mayordomo, de picador... cualquier empleo de pluma... ó de espuela.

ESCRIB. ¡Picais con pluma, eh?

ALCALDE. Veamos cómo la manejais. Levantaos, Pedreguera: dejad el puesto al señor Gabriel, para que escriba lo que yo le dictare.

GABRIEL. Con mucho gusto, señor Juez. (*Se sienta.*) ¿Qué papel tomo?

ALCALDE. Con una cuartilla teneis de sobra. (*Saca el Alcalde un papel y recórrelo.*) Sólo vais á escribir diez renglones.

ESCRIB. Y cortos.

ALCALDE. Una décima.

GABRIEL. Dicte vueseñoría.

ALCALDE. Aguardad que elija. (*Mira el papel.*) Mmmm... (*Lee como para sí.*)

«Noble y no, clero y seglares
ven con amargos pesares

á España de muerte enferma:
herida del tonto Lerma,
sabio la mata Olivares.»

ESCRIB. Ahí va ese puñado de honra!

GABRIEL. Es eso lo que debo escribir?

ALCALDE. No, esto otro. (*Dictando.*) «Honestos, aunque gallardos...»

GABRIEL. (*Escribe, y lee despues.*) «Honestos, aunque gallardos...»

ALCALDE. (*Dictando.*) «Los Reyes de España, ya...»

GABRIEL. (*Leyendo lo escrito.*) «Los Reyes de España, ya..»

ALCALDE. (*Dictando.*) «Desde Cárlos Quinto acá...»

GABRIEL. (*Escribe, y luégo dice.*) «Desde Cárlos Quinto acá no sacan pollos bastardos.»

ALCALDE. Hola! Sabeis de memoria esa horrible sátira?

GABRIEL. Como la sabe todo Madrid.

ALCALDE. Pues escribid la décima entera.

GABRIEL. (*Repite.*) «Honestos, aunque gallardos,
los Reyes de España, ya
desde Cárlos Quinto acá
no sacan pollos bastardos.»
(*Díctase y escribe.*)
«Faldellin de picos pardos
al nuevo Rey alboroza;
tendrá de Leonor Mendoza
un real bastardo flamante:
dé Dios el cielo al infante,
y á Leonor... tunda y coroza.»

ALCALDE. Mostrad acá lo que habeis escrito.
(*Da Gabriel la décima al Alcalde.*)

ESCRIB. Comparemos, señor don Diego.

ALCALDE. Estas ees son muy cerradas de ojo.

ESCRIB. Las de aquí muy abiertas.

ALCALDE. Estas haches son de las ligeras, de figura de cinco.

ESCRIB. Las de aquí son de enlace, de ele con i.

ALCALDE. Las bees de mi papel...

ESCRIB. Tienen la barriga muy ancha.

ALCALDE. Lo contrario de estotras.

ESCRIB. Cierto. Vista la diferencia de letra de un papel y otro, no cabe dudar que son de la misma pluma y la propia mano.

GABRIEL. De la misma pluma pudieran ser, porque toda

la vecindad se sirve de mi tintero; de la propia mano, bah! eso no.

ALCALDE. La verdad es que estas formas de letra no se parecen cosa; pero tal cuestion corresponde á peritos. ¿Cómo habeis adquirido vos conocimiento de este papel?

GABRIEL. Vueseñoría no puede ignorar que, hace una porcion de noches, se encuentran copias de él á docenas encima de los guardacantones de las esquinas.

ALCALDE. Y ¿quién es el autor de estas coplas?

GABRIEL. Señor Alcalde, el autor... no soy yo.

ALCALDE. Pero vos debeis conocerle.

GABRIEL. No creo haber dado lugar á esa suposicion.

ALCALDE. Cabalmente por haberle dado, vengo á vuestra casa, Gabriel. ¿Dónde os hallábais anoche á las nueve y media?

GABRIEL. En la taberna de Melchor, cerca de Palacio, calle del Tesoro del Rey.

ALCALDE. Y ¿de qué se habló allí más principalmente?

GABRIEL. De la sátira contra los ministros.

ALCALDE. Parece que todos allí se la atribuyeron...

GABRIEL. A ese señor, cuya casa da espaldas á ésta, con la calle del Arenal en medio: al señor Conde de Villamediana Don Juan de Társis, Correo mayor de S. M.

ALCALDE. Vos solo sostuvisteis, y con mucho empeño, que el señor Conde de Villamediana no debia ser el autor de la sátira.

GABRIEL. Han informado exactamente á vueseñoría.

ALCALDE. Habiendo sostenido vos que estos versos no eran obra del señor Conde de Villamediana, debemos suponer que os consta son de otro.

GABRIEL. Si vueseñoría quiere saber por qué hablé yo así, dígnese concederme unos breves instantes de audiencia privada.

ESCRIB. ¡Cómo? Sin mí! ¡Sin que se pongan por escrito vuestras declaraciones?

GABRIEL. Lo que voy á decir al señor Alcalde no debe escribirse.

ALCALDE. Retiraos, Pedreguera. (*Váse el Escribano.*)

ESCENA II.

El Alcalde. Gabriel.

Alcalde. Hablad.

Gabriel. Señor Alcalde, aunque viene vueseñoría con oficio de juez, yo le voy á hablar como á caballero. Yo soy hijo natural de Jorge Tovar.

Alcalde. ¿De Don Jorge el Ministro!

Gabriel. Jorge Tovar, Secretario del Real Patronato, Ministro desde el tiempo del Duque de Lerma, es el desconocido á quien se refiere mi fe de bautismo. Jorge Tovar conoció á mi madre cuando era soltero; quiso casar con ella á tiempo aún para reparar la falta cometida por ambos; y su familia se lo impidió: mi madre es hija de un tendero, y mi padre noble. Mi madre se entró monja en Valladolid; mi padre se casó, precisado por el suyo; me crió mi abuelo; privó mi padre con el Duque de Lerma, y llegó á ocupar ese puesto eminente.—Si conoce vueseñoría á la esposa de mi padre, sabrá que es una excelente mujer.

Alcalde. Una santa, es cierto. Proseguid.

Gabriel. Jorge, ántes de casarse, declaró á esa virtuosa dama que era padre de un hijo. «¿Cómo ha de ser? contestó ella: reconocedle.—Mi familia se opone.—Pues aguardemos á que se pueda, sin que nadie se oponga.» Aguardaron; fueron muriendo los enemigos de mi madre; llegó el dia en que mi padre envió á Valladolid por mí; pero cuándo llegó? Cuando toda España habia levantado el grito contra el Duque de Lerma y contra sus hechuras; cuando corrian de mano en mano por ciudades y villas, entre toda clase de gentes, aquellas alevosas décimas, aquellos venenosos libelos, atribuidos al Conde de Villamediana, en que al Duque de Lerma y á Don Rodrigo Calderon se les trataba de ladrones, al Duque de Osuna se le llamaba traidor y parti-

dario del Turco, al Presidente de Castilla borracho, al Patriarca patricofre, y al Confesor del Rey fraile sin crianza ni entendimiento... Vueseñoría sabe mejor que yo...

ALCALDE. Adelante, Gabriel.

GABRIEL. Tambien se mentaba á mi padre en aquellas décimas. El vil autor de la infame sátira no quiso confundirle con los demas á quienes heria; buscó el lado más sensible para lanzar á Jorge el mortífero dardo de la calumnia: le acusó de judío.

ALCALDE. Así fué!

GABRIEL. Cuando mi abuelo me anunció que mi padre estaba resuelto á reconocerme, yo rehusé dejarme reconocer. Un judío en España es un reo con pena de muerte en fuego y con oprobio para toda su descendencia: más vale carecer de padre que tenerle infamado.

ALCALDE. Pero vos habeis dicho ya que era una calumnia.

GABRIEL. Pero, en primer lugar, yo no lo sabía entónces, y en segundo, la calumnia tiene la dicha de que, más ó ménos, todos la creen; y en siendo gorda, por mucho que la opinion rebaje, siempre queda para perder á un hombre de bien. Con que yo le dije á mi abuelo: «Enviadme á vivir algun tiempo en Madrid hasta que averigüe si es cierto ó nó lo que se canta de mi padre: como él nunca me ha visto, podré poner el hecho en claro más fácilmente. Si resulta cierta la inculpacion, guarde su apellido el Sr. Tovar para su hija y sus hijos legítimos; el ilegítimo lo renuncia: si la acusacion es mentira, yo sabré quién es el calumniador, y le haré desdecirse.» —Con este objeto ando por Madrid entremetiéndome en todas las casas de conversacion; y anoche, como otras, estuve en la taberna de Melchor, calle del Tesoro.

ALCALDE. Falta ahora que me expliqueis...

GABRIEL. Allí todos afirmaban unánimes que la sátira nueva contra el Conde de Olivares y su gobierno era del Conde de Villamediana. «Lo dudo (replicaba yo), porque años há, todo el mundo decia que las sátiras contra el Duque de

Lerma eran tambien de Villamediana; y hasta hoy nadie sabe quién las compuso.» Yo esperaba que saliese alguno diciendo: «Sí; el Conde de Villamediana ha compuesto todos esos papeles, y yo lo sé por este ó por el otro conducto.» Pero nada: cada cual queria que se le creyera bajo su palabra sin dar prueba admisible: y esta es la hora en que sólo sé que mi padre es un ministro recto y desinteresado y un fiel católico; que le difamó pérfidamente un coplero impostor; y que no puedo dar con él. Vea vueseñoría el motivo de lo que dije anoche en defensa, más aparente que real, del Sr. Conde de Villamediana.

ALCALDE. De modo que vos áun no os habeis presentado á Jorge Tovar.

GABRIEL. Ni me pondré delante de él hasta que deshaga la calumnia que ha manchado su nombre.

ALCALDE. No alcanzo el por qué.

GABRIEL. Señor Alcalde, entre los medios que use yo para descubrir á ese hombre, ¿no los pudiera haber que no mereciesen la aprobacion de mi señor padre?

ALCALDE. Sí, y la mia ménos: con que ved lo que haceis.

GABRIEL. En todo caso, espero que vueseñoría no dirá á mi padre, ni á otra persona, palabra de cuanto le he confiado.

ALCALDE. Yo os lo prometo con una condicion.

GABRIEL. Cuál?

ALCALDE. Mirad, Gabriel. Ya inferiréis de mi porte con vos que yo, por mí, no vengo armado de excesivo rigor. La sátira contra el Conde de Olivares tiene muy ofendido á S. M. y muy deseoso de descubrir y castigar al autor maldiciente. El Conde de Olivares está persuadido de que el autor es el Conde de Villamediana; y aunque hoy son enemigos entrambos Condes, el de Olivares cuida de que el Rey no llegue á conocer al ingenio mordaz, porque ahora el castigo seria espantoso. Quiere dirigir un aviso oportuno al de Villamediana, y por mi conducto vais á dársele vos.

GABRIEL. ¿Yo, señor Alcalde!

ALCALDE. Hay quien dice que las copias de la sátira nueva... todas están escritas por vos.

GABRIEL. No ha visto vueseñoría mi letra?

ALCALDE. La que haceis con la mano derecha sí; la de la izquierda, todavia no la conozco: parece que sois pendolista ambidextro.

GABRIEL. Pero ¿cree verosímil vueseñoría que sirva al Conde quien, como yo, debe ser su enemigo?

ALCALDE. Servir á un enemigo para espiarle y sorprenderle no es cosa fuera de lo hacedero. Gabriel Tovar, decid al Conde de Villamediana que su vida corre peligro, si no se reconcilia con Olivares; que el Conde perdonaría esa sátira si la hubiese escrito un hombre sin nota; pero á D. Juan de Társis, Conde de Villamediana segundo, no es lícito vituperar la conducta de nadie.

ESCENA III.

JUSEPA.—EL ALCALDE. GABRIEL.

JUSEPA. *(Dentro.)* Deje el paso libre, mostrenco.

UN ALG. (*Dentro.*) Vaya á la calle la mocosa.

OTRO ID. (*Id.*) Déjala tú: entrar pueden todos, salir ninguno.

JUSEPA. (*Dentro.*) Lo ve usarcé, seor fantasmon?—(*Sale.*) Alabada sea la Vírgen del Cármen, señores. Beso las manos á usiría, señor don Diego.—(*A Gabriel.*) Me alegro mucho de veros vivo, señor Gabriel.

GABRIEL. Jusepita, muy bien venida seas.

JUSEPA. ¿Qué habeis hecho, que anda la Justicia á vueltas con vos?

ALCALDE. Por ahora no le amenaza grave daño. Pero, ¿á qué vienes tú aquí, niña?

JUSEPA. El señor Gabriel no ha pasado por nuestra calle ni ayer ni anteayer: con que vengo á saber de su persona, de parte de mi hermana.

ALCALDE. Y ¿quién es tu hermana?

JUSEPA. Pues qué! no se acuerda de mí usiría? Pues algunas veces he estado en su casa. A mi herma-

na y á mí nos conoce todito Madrid. Soy Jusepita Reina, hermana de Paulita Reina, la dibujante de bordados de la calle del Cármen, covachuela del centro.

GABRIEL. La que llaman la Francesilla.

JUSEPA. Sin ser gabacha.

ALCALDE. Por haber estado algun tiempo en Bayona: ya sé.

JUSEPA. El dibujo de esas vueltas es de mi hermana. (*Las del Alcalde.*)

ALCALDE. Concurre con frecuencia á tu casa el señor?

JUSEPA. A casa de la Francesilla concurren solitos el aguador y el carbonero. Mi hermana no habla con hombre nacido sino en la covachuela, á puerta de calle, donde todo el mundo vea y oiga lo que se hace y se dice. Más de cuatro ricotas quisieran la reputacion de la Francesilla.

ALCALDE. En efecto: Paula Reina es una doncella honradísima. Qué habla con ella el señor Gabriel?

JUSEPA. Le dice que es guapa: eso se lo dicen muchos.

ALCALDE. Y qué más añade?

JUSEPA. Que se quiere casar con ella: eso ya no se lo dicen tantos.

ALCALDE. Y ella ¿qué responde?

JUSEPA. Calla y dibuja, y suele echar el dibujo á perder.

ALCALDE. (*A Gabriel.*) Casi se os debia prohibir el pasar por la calle del Cármen. A la Francesilla le haceis perjuicio.

JUSEPA. Paula no se queja, señor.

GABRIEL. (*A Jusepa.*) Dile que en estos dos últimos dias no he tenido un momento libre; que, si me lo permite el señor Alcalde, iré luégo á verla.

ALCALDE. (*Llamando.*) Pedreguera!

ESCENA IV.

ESCRIBANO. ALGUACILES.—*Dichos.*

ESCRIB. Señor...

ALCALDE. ¿Habeis hallado algun papel de los que buscábamos?

ESCRIB. Ni rastro, señor.

ALCALDE. Firmad lo que habeis declarado, y nos retiraremos, Gabriel. No me descuideis el encargo que os dejo.

GABRIEL. Espero que vueseñoría no echará en olvido mi súplica.

ALCALDE. Os complaceré por ahora. Dadme vuestra fe de bautismo, y cualquiera otro papel que compruebe vuestras declaraciones.

GABRIEL. Tome vueseñoría. (*Le da el legajo que estaba sobre la mesa.*)

ALCALDE. Podeis hablar desahogadamente con el señor Gabriel, Jusepita.

JUSEPA. ¡Yo con un hombre á solas? Y ¡que me azotara luégo mi hermana! Si no hubiese visto gente á la puerta, por la reja de la calle le hubiera hablado.—Señor Alcalde, guarde Dios á usiría: beso las manos á mi señora la Alcaldesa y á la señora hija y á la señora cuñada y á Mari-Sarmiento, la cocinera.—Perdido, á Dios! (*Váse.*)

ALCALDE. A Dios quedad, Gabriel.

GABRIEL. Rendido criado de vueseñoría.

(*Vánse el Alcalde, el Escribano y los Alguaciles, y Gabriel despidiéndolos.*)

ESCENA V.

(*Suenan dentro del armario unos golpecitos; vuelve Gabriel, y abre las puertas del armario; ábrese hácia adentro el fondo del mismo, y sale por allí el Conde de Villamediana.*)

EL CONDE.—GABRIEL.

GABRIEL. Señor Conde, venís á tiempo.

CONDE. Desde las ventanas de mi casa que dan á la calle del Arenal, se ha visto rondar por aquí á ese alcalde farandulero; y he venido á verte por el pasadizo subterráneo.

GABRIEL. Señor Conde, mal va nuestro asunto.

CONDE. ¿Qué te ha dicho el seor Diego Francos de Garnica?

GABRIEL. Que correis peligro de muerte, si no haceis las paces con el Privado.

CONDE. El Privado, aunque nació en Roma en la casa que fué de Neron, y hace honor al lugar de su nacimiento, no se atreve á matar á un Conde por unas coplas.

GABRIEL. Parece que la tempestad viene más alta. El Rey está furioso contra el autor de las décimas, incógnito para él todavía; pero como el Conde de Olivares lo sabe todo...

CONDE. Crees tú que lo sepa?

GABRIEL. Lo creo firmemente, porque vos habeis dicho á D. Luis de Haro, muy en secreto, que sois el autor de la sátira; D. Luis de Haro, más en secreto aún, se lo ha confiado al Marqués de Alenquér; este señor, con el mayor secreto posible, se lo ha contado á don Pedro Dávila, que está para casarse con la camarista Doña María Tercero, de la cual, secretísimamente informada por su galan, lo ha sabido el Conde.

CONDE. Gabriel, tú escribes con dos manos, y sólo hablas con una lengua; pero tal vez se te habrá deslizado...

GABRIEL. Mi lengua hasta ahora no ha cometido ningun desliz. Yo me presenté en vuestra casa pidiéndoos ocupacion en ella, y me preguntásteis qué sabía hacer. Os dió golpe el oirme que tenia dos letras, diferentísimas entre sí, una que hacia con la mano derecha, y otra con la izquierda, que nadie conocia, porque la reservaba para lances extraordinarios. Me propusísteis de allí á unos dias copiar y esparcir un papel satírico insignificante; os servi á satisfaccion y me concedísteis vuestra confianza. Me señalásteis para habitacion esta casita que desde el tiempo de Felipe II. comunica con la vuestra, porque aquí era donde el Correo mayor vuestro padre despachaba á los emisarios secretos; y aquí he recibido vuestras órdenes sin que nadie nos viera. Ni una palabra ni un gesto mio os han hecho traicion: vos habeis sido quien, oyendo á vuestro amigo D. Luis de Haro alabar vuestras coplas, no pudísteis conteneros y le dijísteis no

sólo que vos las habíais compuesto, sino que os las trasladaba yo con la mano zurda. Vos habeis andado más zurdo que yo.

CONDE. No te apures por eso, que hasta ahora yo solo peligro.

GABRIEL. Pero vos haréis paces con el Privado, porque no podeis ménos; el Conde de Olivares aplacará al Rey de modo que vos quedeis libre de su ira; y como en estos lances hay siempre una víctima, lo seré indudablemente yo, si es que me descuido.

CONDE. No te falta razon, y quizá te sobra, porque yo no pienso en una reconciliacion sincera ni firme. Amigo de Olivares en tiempo de Felipe III, trabajé con él para derribar al Duque de Lerma y á su hijo que le sucedió en el ministerio; pero fué con el presupuesto de que Olivares gobernaría mejor que Lerma y Uceda: veo que España no ha ganado nada en el trueque, y digo de Olivares lo que dije de su antecesor.

GABRIEL. De su antecesor y sus paniaguados contábais horrores; el nuevo Rey dió con ellos al traste: uno degollado, otros presos, perseguidos todos, no ha quedado títere con cabeza. Decíais que robaban; las arcas reales van hinchiéndose de confiscaciones hechas á esa gente. Se han llamado Córtes, se ha vencido en una batalla naval á los Holandeses, se ha refrenado el lujo; el Rey, en vez de vivir como su padre, encerrado en su alcázar sin saber lo que sucedia en la Corte, asiste á los Consejos en tribuna secreta, sale, ve y se deja ver, y se informa de todo. En Palacio no ha quedado una persona malquista del público; hasta los franceses y francesas que servian á la Reina regresaron á su pais; y se ha nombrado Confesor de S. M. Madama Isabel al ejemplarísimo religioso trinitario Fr. Simon de Rojas. Todo esto en un año que va desde la muerte de Felipe III...

CONDE. Yo no censuro lo bueno que se hace, sino lo malo: entre tantos aduladores que tiene el poder, aguante un fiscal. ¡Buenos frutos va dando la reforma del lujo! Saquearon los alguaciles

unas cuantas tiendas de la calle Mayor donde se vendian galas prohibidas, y celebraron auto de fé de prendas bordadas: ¿qué hemos adelantado con eso? Que no pudiendo los mercaderes vender bueno y caro, han subido hasta la bayeta y la estopa. Y en cuanto á la ventaja de que el Rey salga por esas calles de dia y de noche, Leonor Mendoza puede informar.

GABRIEL. Ay, señor Conde! lo que he sabido!

CONDE. Qué es ello?

GABRIEL. Que la tal Leonor áun no habia dejado verse del Rey cuando escribísteis contra ella.

CONDE. ¡Cómo?

GABRIEL. Entónces era una muchacha de bien: vuestra décima le quitó el crédito, y el diablo sin duda hubo de decirle al oido: «Ya perdiste la honra, no pierdas el provecho.»

CONDE. Pues ya ves: todo ha sido adelantar la noticia... un correo ganando horas. El Rey debe estarme agradecido en vez de quejoso.

GABRIEL. Pero ¡si deseábais una coroza á esa pobre mujer, cuando merecia la palma de Lucrecia!

CONDE. Hombre... ese es un dicho...

GABRIEL. Que ha producido un hecho.
(*Llaman á la puerta del zaguan.*)

CONDE. Han llamado: me entraré ahí.
(*Váse el Conde por el armario.*)

GABRIEL. Quién?

ESCENA VI.

EL ESCRIBANO.—GABRIEL. EL CONDE, *detras del armario. Despues,* ALONSO MATEO.

ESCRIB. (*Dentro.*) Gente de Justicia.

GABRIEL. Ya van. (*Vá á abrir.*)

CONDE. (*Entreabriendo la puerta que forma el fondo del armario.*) Me quedaré aquí para oir lo que sea. (*Vuelve Gabriel con el Escribano y Alonso Mateo.*)

GABRIEL. Qué novedad ocurre, señores?

ESCR. Novedad importante y urgente, señor Gabriel.

Ahí en la calle de la Zarza, á dos pasos de aquí, ha recibido el señor Alcalde un pliego del señor Conde de Olivares, en que se dispone de vos.

GABRIEL. Y ¿de qué manera?

ESCRIB. Benignísimamente. Se os manda salir de Madrid en el término de dos horas, acompañado del señor Alonso Mateo.

MATEO. Servidor vuestro.

GABRIEL. Servidor ó amo?

MATEO. Llevo el encargo de cuidaros más que á mi persona, y os tengo elegida una mula excelente. No penseis más que en vuestra maleta.

ESCRIB. Os presentaréis al Virey de Valencia de aquí á seis dias, y él os embarcará para Formentera...

MATEO. Una isla pequeña....

GABRIEL. Sí, de las Baleares.

ESCRIB. No, de las Pitiusas.

MATEO. Poca tierra entre mucho mar... una vista soberbia.

ESCRIB. Podréis haceros cuenta que estais en un barco que no naufraga.

MATEO. Ni produce mareo.

GABRIEL. Y ¿por cuánto tiempo se me confina?

ESCRIB. Dependerá eso de lo que dure en el favor del Rey Leonorcita Mendoza.

GABRIEL. Con que mi destierro ¿viene de ahí?

MATEO. Es el estreno de su influencia.

GABRIEL. Soy el primero á quien coloca! Debo darle las gracias.

MATEO. Linda es como pocas, vengativa como ninguna: sírvale al señor Gabriel de gobierno.

ESCRIB. Dice el señor Alcalde que si necesitais dinero, me lo digais.

GABRIEL. Decid de mi parte á su señoría que sólo necesito de su silencio.

ESCRIB. ¿De su silencio!

GABRIEL. Pues.

ESCRIB. Ya. Feliz viaje, señor Gabriel.

GABRIEL. Señor Pedreguera, salud y pleitos.

ESCRIB. Un aviso para la travesía. Si quereis no marearos, oled azafran de la provincia de Cuenca.

MATEO. Sí, oliéndolo en Cuenca no se marea nadie.

ESCRIB. Hasta que Dios quiera, señor Gabriel.

MATEO. Dentro de un rato me tendréis á la puerta con las caballerías. (*Vanse el Escribano y Mateo.*)

ESCENA VII.

EL CONDE.—GABRIEL.

CONDE. No sé si he oido bien. ¿Es Alonso Mateo el que ha de ir contigo?

GABRIEL. Así le ha nombrado el Escribano.

CONDE. Mira que no es un alguacil; es un ballestero del Rey, es un asesino.

GABRIEL. Hola!

CONDE. Estuvo condenado á horca, y el Rey le indultó... yo sé por qué. Díme: ¿quieres que te oculte en mi casa? que te envie disfrazado á otra parte?

GABRIEL. Quiero ir á la Formentera... y permitidme una observacion. Si no hubiéseis calumniado á Leonor Mendoza, no sería dama del Rey, y no sería yo desterrado por ella: ya veis que el decir mal de una persona puede incitarle á que lo haga, y que el mal que hiciere, puede recaer en el que la calumnió.

CONDE. En cambio de tu observacion permíteme otra más oportuna. Tu partida urge, y no hemos ajustado cuentas aún: ventilemos este negocio. Tú áun no has querido recibir ni una blanca de mí; pero me parece que ahora...

GABRIEL. Sí; ahora tengo que pediros...

CONDE. Mil ducados voy á traerte por lo pronto: desde Valencia me avisarás de lo que necesites.

GABRIEL. No es dinero lo que necesito de vos, señor Conde, sino cosa que vale más.

CONDE. Qué hay que valga más que el dinero?

GABRIEL. Entre caballeros la honra.

CONDE. En verso así se dice; en prosa, poco practicado se ve.

GABRIEL. A propósito de verso y de prosa: lo que yo tengo que pediros es, en prosa, una declaracion; y en verso, una sustitucion.

CONDE. Sobre qué y de qué?

GABRIEL. Aquellas décimas tan famosas contra el Duque

de Lerma, que tanto contribuyeron á su caida, son vuestras?

CONDE. ¡Cuántas veces y de cuántas maneras me lo habrás preguntado! Sal por fin de penas, hombre. Sí: mias son.

GABRIEL. Ya tengo la declaracion deseada: vamos á lo otro.

CONDE. Qué es?

GABRIEL. Que me habeis de hacer el inestimable favor de alterar en las décimas susodichas lo que se dice de una persona.

CONDE. Qué persona?

GABRIEL. Jorge Tovar.

CONDE. Y ¿en qué sentido se ha de hacer la variante?

GABRIEL. En sentido favorable á Jorge.

CONDE. ¿Cómo! ¿una retractacion!

GABRIEL. Una correccion de estilo: cambiar lo injurioso en... en reverente.

CONDE. Y ¿por qué he de hacer yo ese cambio?

GABRIEL. En obsequio de la verdad.

CONDE. Verdad ó mentira, esas coplas no han traido perjuicio ninguno á Jorge. Apénas tuvo noticia de ellas, apénas comprendió que podia perder su secretaría del Patronato, acudió á las Descalzas Reales á informar á su hija la monja; la monjita acudió á la Infanta, monja tambien, Doña Margarita; Su Alteza Descalza puso dos letras al Rey su sobrino, y Jorge permaneció inmoble en su puesto cuando Uceda y los suyos rodaron.

GABRIEL. Permaneció en su puesto porque le fué muy fácil justificarse de la primera acusacion que se le dirigia: presentó sus cuentas, y se vió que no era hombre que usurpaba lo ajeno.

CONDE. Llamar á uno ladron es un dicho...

GABRIEL. Que hace maniobrar al verdugo, que produce ahorcados.

CONDE. De la clase de ministros nó: á lo sumo se les degüella, como á Don Rodrigo Calderon. Y eso ocurre tan de tarde en tarde!.... ¿Cuándo volverá á ver Madrid otro degollado Marqués!..

GABRIEL. Pero vos acusásteis tambien á Tovar de judío.

CONDE. Causa bien singular de desconsuelo!
Judío fué David, y está en el cielo.

GABRIEL. Ah! ¡vos no sabeis qué de lágrimas de amargura han corrido en casa de Jorge! Si hubiérais visto á aquel venerable viejo ahogado de pena, abrazado con su virtuosa consorte, decirle sin poder casi articular las palabras: «Yo no he dudado jamás de mi fe; pero me parece imposible que me hayan dirigido tan horrorosa acusacion sin motivo alguno: ¿habrá habido entre mis ascendientes algun infeliz que haya dado lugar á tan fea nota!» Si le hubiérais visto pasar las noches en claro revolviendo los papeles de su familia! estremecerse al entrar en una iglesia donde habia listas de penitenciados por el Santo Oficio! recurrir en fin á la Inquisicion misma, pidiendo que mirasen en sus negros registros si algun Tovar habia ocupado sus calabozos!...

CONDE. Pero si yo no entro en casa de Tovar, ¿cómo he de saber esas menudencias?

GABRIEL. Pero bien habréis podido advertir que en solos dos años ha envejecido Tovar por doce; que su esposa no se deja visitar de nadie, que sus dos hijos huyeron de la Corte, desesperados por no poder atajar la calumnia ni castigarla.

CONDE. Yo no he advertido nada de eso; lo que sí advierto es que tomas á tu cargo la defensa de un hombre, con el cual yo no sé qué relaciones te unen.

GABRIEL. Las de hijo con padre, señor Conde de Villamediana.

CONDE. Hijo tú!... Hijo vos de Tovar!

GABRIEL. Hijo natural, señor Conde.

CONDE. ¿Con que el bienaventurado Tovar tambien ha tenido sus!... Quién habia de figurárselo? Y ¡á su hijo de ganancia me le ingiere en casa para buscar mi pérdida!

GABRIEL. Mi padre no me conoce aún; me supone en Valladolid con la persona que me ha criado. Mio exclusivamente fué el pensamiento de relacionarme con vos...

CONDE. Para apoderaros de mis secretos, y logrado que hubiéseis vuestro vil espionaje, ir con el soplo al dignísimo engendro del áureo alcázar de Neron.

GABRIEL. No, porque os he jurado no descubriros, y ahora os voy á prestar otro juramento áun más importante.

CONDE. Si es porque os crea, jurais en vano.

GABRIEL. Por mi madre, que es esposa de Dios, os prometo que, pues os veis en temible riesgo por vuestros últimos escritos, me los atribuiré yo y ofreceré por vos mi vida, si reparais la ofensa hecha á mi noble padre.

CONDE. Gabriel...

GABRIEL. Se supone, salvando siempre vuestro decoro: bastaría con una palabra benévola para aquel anciano afligido.

CONDE. Gabriel, advertid...

GABRIEL. Una palabra que no necesitaríais pronunciar: podría mediar un amigo vuestro, una persona de virtud y respeto como el padre Simon de Rojas ó la Infanta Descalza, segun vos decís.

CONDE. Gabriel, vos me pedís una retractacion, y podeis delatarme; pero si yo os envio á la gloria de una estocada, me excuso la retractacion y aseguro mejor mi secreto. Me habeis ofrecido vuestra vida: la acepto en esta forma. Tomad vuestra espada.

GABRIEL. Tomad vos la pluma; extended la declaracion, y en seguida combatiremos. (*Coge la espada.*) Si triunfais de mí, queda á vuestra disposicion el papel.

CONDE. Pero, hombre, si yo peleo por no escribirlo.

GABRIEL. Y yo no riño como no lo escribais. Y como urge mi partida, me permitiréis ir á despedirme de vuestro confidente y mi casero Santoyo, y de otra persona. (*Se ciñe la espada.*)

CONDE. (*Aparte.*) Atajarle la salida no puedo; y si sale y quiere venderme, poco tiempo le basta.

GABRIEL. Señor Conde, fuera de aquí, tengo, de mi letra ordinaria, vuestras sátiras últimas y dos ó tres composiciones amorosas que me habíais dado á copiar: me quedo con todas, porque si llega el caso, me propongo sostener que son mias.

CONDE. Tovarito... sois un plagiario singular: ¡ al autor mismo le anunciais en su cara el plagio! Es una especie de insolencia magnánima, que me sedu-

ce. Pues, porque todo nace de un afecto muy noble... el amor filial.—Id á ver si hallais á Santoyo, y decidle de mi parte que venga.

GABRIEL. ¿Aquí!

CONDE. Por qué no? El, vos y yo somos los tres que saben el secreto del pasadizo. Quiero tratar con él la manera de complaceros.

GABRIEL. Ah, señor!

CONDE. Cesará el duelo de casa de Jorge, Gabriel.

GABRIEL. Me habréis hecho un gran beneficio; pero os lo pagaré, señor Conde, os lo pagaré. (*Gabriel saluda respetuosamente al Conde, toma del armario la capa y el sombrero, y se vá.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE.

«Os lo pagaré.» Vaya si me lo pagará! Si me hace de buena fe ese ofrecimiento, yo le aseguro, de buena fe tambien, que el dar la tal satisfaccion al padre rabino le ha de costar al judihuelo una pesadumbre. Soy Correo mayor, y ¡un zagal me ha corrido! al fin de la jornada veremos quién se tiene á caballo. En fin, con Olivares tengo que negociar: negociemos tambien con Jorge. ¿Con que está el Rey tan airado conmigo, porque le echo á la calle su primer galanteo! Eh! si acaba de cumplir diez y siete años; si apénas tiene barba que rasurarse, y es esposo de una linda princesa, qué más necesita? Y ella le ama. Yo traté de derribar á Olivares interesándola en mi favor, y nada alcancé. Estoy divertido: mi Reyecito me amenaza, Gabriel me sorprende, y la covachuelista del Cármen se rie de mí. Pues de álguien he de reirme yo. Escribamos á Don Luis de Haro para que se vea con Olivares y con Tovar.—Abren la puerta: será Santoyo. (*Escribe.*)

ESCENA IX.

SANTOYO.—EL CONDE.

SANTOYO. (*Dentro.*) No hay que tener cuidado: soy yo.
CONDE. Adelante.
SANTOYO. Estoy á vuestras órdenes, señor Conde.
CONDE. Vas á llevar una esquelita á casa del Marqués del Carpio.
SANTOYO. Para el señor Marqués ó para su hijo?
CONDE. Para el hijo, para Don Luis.
SANTOYO. Gabriel, segun me ha dicho, se marcha.
CONDE. Le hacen marchar; pero no le da gran cuidado.
SANTOYO. No dejará de darle, no.
CONDE. Por qué?
SANTOYO. Porque tiene amores.
CONDE. Con quién?
SANTOYO. Con esa muchacha de las covachuelas del Cármen, la Francesilla.
CONDE. Cómo! ¿La Paula Reina!
SANTOYO. La reina de las Paulas y áun de las Antonias.
CONDE. La reina de todas las hermosas de España. Pero... ayer me viste, y no me dijiste palabra ayer.
SANTOYO. Lo he sabido hoy.
CONDE. Gabriel enamorado de Paula! ¿No vive esa Paula en una casa que tú me administras?
SANTOYO. La de la calle de Rompelanzas.
CONDE. Y ¿estás bien seguro de que esa chica...

ESCENA X.

JUSEPA.—EL CONDE. SANTOYO.

JUSEPA. (*Dentro.*) Señor Santoyo! abrid.
SANTOYO. Oís? La hermanilla de Paula. Vendrán á despedir á Gabriel.
CONDE. Muéstrale este billete, ciérrale luégo y llévale. Dí además á Gabriel que en Vallecas me despediré de él: que me aguarde á la entrada.

JUSEPA. (*Dentro.*) Os habeis dormido, señor casero?
SANTOYO. Ya voy. (*Va á abrir.*)
CONDE. Gabriel amante de Paula Reina! ¡Por eso se mostraba tan esquiva la niña! Le ha de pesar al mocito ése el haberme burlado. (*Éntrase por el armario y cierra.*)

ESCENA XI.

GABRIEL, *con unos papeles en la mano.*—PAULA. JUSEPA. SANTOYO.

GABRIEL. (*A Santoyo.*) En Vallecas esperaré.—Esos trastos los recogerá la prendera que los alquila.
SANTOYO. Yo le haré entrega de ellos.
JUSEPA. La maleta quiero arreglarla yo.
GABRIEL. No, deja...
JUSEPA. He de ser yo... con ayuda del señor Santoyo.
GABRIEL. Vaya, pues pon estos papeles en ella.
SANTOYO. (*A la niña.*) Yo te ayudaré en viendo si me quedan sanos los vidrios. (*Éntranse por la derecha.*)

ESCENA XII.

GABRIEL. PAULA.

PAULA. ¿Con que te me ausentas, Gabriel!
GABRIEL. Paula, me separan de tí.
PAULA. Pasaré mucho tiempo sin verte?
GABRIEL. No... Me parece que no. Cuando el Gobierno busca dinero por todas partes, destierros como el mio fácilmente se rescatan con oro. Mi abuelo es rico, y por mí no le duele gastar.
PAULA. ¡Esta separacion, cuando hace tres dias que aquella carta de tu madre me dió el gozo mayor que he tenido en mi vida!
GABRIEL. En el cariño que á mi madre y á su padre les debo, su beneplácito para nuestra union era indefectible. Ya los verás á entrambos, y los amarás como yo.
PAULA. Pero con su cariño y el de tu Paula, ¿qué más

querias? ¿Por qué te has hecho instrumento de ese hombre que no quieres nombrarme? Para maldecirle, no necesito saber quién es.—No merecias que te mantuviese en mi memoria.

ESCENA XIII.

JUSEPA, *desde la puerta de la derecha.—Dichos.*

PAULA. Si eso de la memoria lo dices por el relicario que le regalas, ya no le saco de la maleta, por no revolver. (*A Gabriel.*) Queria que no lo supieras: con que hazte cuenta que no he dicho palabra. (*Éntrase.*)

ESCENA XIV.

GABRIEL.—PAULA.

GABRIEL. Paula mia, tú no me conoces aún. Yo te ví, yo te amé; con los ojos y con mis papeles te dije mi amor hartas más veces que con mis labios; casi no me has consentido que te hable sino en presencia de embarazosos testigos. Por eso no he podido aún darte á conocer cuál era mi amor; pero yo creia que si el tuyo era grande, leal, decidido, capaz de resistir á la ausencia y al tiempo; en el tuyo, como en un espejo, podias mirar el de tu Gabriel. La imprudencia, la temeridad tal vez, que momentáneamente me desvia de tu dulce lado, tiene un orígen muy respetable, Paula mia: mi padre no me ha visto nunca, y yo queria presentarme á mi padre llevando en la mano una firma dificil de arrancar á una diestra aleve, una prenda más preciosa si cabe que la que tu amor me regala. ¿Que no siento el partir! Pues qué! ¿no sé yo lo que vales? ¿No sé que este tesoro me lo codician muchos? Paula, yo marcho á un destierro, á una torre solitaria quizá entre las olas del Mediterráneo... tú quedas en la Corte de España, al pié de la Lonja del Cármen.

PAULA. Sí, donde me ven todos, donde todos tienen licencia de hablarme, donde algun poderoso me solicita.

GABRIEL. Un poderoso! Quién es, Paula? Dímelo: quién?

PAULA. Aun no lo sé, me ha escrito sin nombrarse.

GABRIEL. Muéstrame sus cartas: ántes de partir he de verlas.

PAULA. De esos papeles no conservo sino una parte: quemo lo escrito, me quedo con lo blanco, y dibujo encima.

GABRIEL. Paula! Paula! el poderoso que te escriba, tiro hace á tu honor.

PAULA. Oh! no debo temer: ¡bien á mano estarás para defenderme!

GABRIEL. Paula! Hoy parto; yo te juro que pronto volveré.

PAULA. Vuelve, sí, Gabriel mio; vuelve muy pronto: tu pobre Paula, tan alegre y tan animosa cuando no amaba, tiene miedo de quedarse sin tí.

ESCENA XV.

EL ESCRIBANO, SANTOYO *y* JUSEPA, *que van saliendo sucesivamente.*—GABRIEL. PAULA. *Despues,* MATEO.

ESCRIB. Última vez que os molesto por hoy. Tengo que dar fe de que os he visto partir.

SANTOYO. Todo está sano y limpio, sobre todo el fogon: se conoce que comíais en la hostería.

JUSEPA. (*Cruzando el teatro desde la puerta de la derecha á la de la izquierda.*) Señor Alonso, ya podeis coger la maleta. (*Sale Mateo, pasa á lo interior y vuelve con una maleta.*)

GABRIEL. Es llegado el momento. Paula! bien mio! A Dios!

PAULA. Gabriel... A Dios! Vuelve pronto, Gabriel.

JUSEPA. Gabriel, abrazadme á mí tambien. Vaya!

GABRIEL. Qué quieres que te traiga, Jusepa?

JUSEPA. Traedme al novio de mi hermana... y unos caracolillos del mar. (*Vanse todos ménos, Santoyo.*)

ESCENA XVI.

El Conde, *que sale por el armario.*—Santoyo.

Conde. Santoyo!
Santoyo. Señor!...
Conde. Echa mañana á la Francesilla del cuarto que habita.
Santoyo. Si lo tiene pagado hasta San Miguel.
Conde. Echala con cualquier pretexto. Haz obra en la casa, derríbala si es menester.
Santoyo. Es que si no halla pronto donde mudarse...
Conde. Has de hacer que se mude aquí.
Santoyo. A este cuarto?
Conde. A este mismo, Santoyo. Ofrécesele de balde... No, que no aceptaria. Ofrécesele de manera que se mude al instante.
Santoyo. Ya.—Supongo que la comunicacion por el armario no habrá de saberla.
Conde. Ya la sabrá cuando llegue el caso.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero, con otros muebles. Un farol encendido, y dos candeleros con vela sobre una mesita con cajon.

ESCENA PRIMERA.

PAULA. JUSEPA.

JUSEPA. Paula mia, por Dios...

PAULA. Jusepita, no puede ser. Coge el farol y vámonos.

JUSEPA. Tambien esta noche dormimos en la covachuela?

PAULA. Lo mismo que las dos pasadas. Anda, hermosa, que va haciéndose tarde.

JUSEPA. Miren que es mucho! Porque no tiene cerrojo esa puerta ni las de adentro, se te ha figurado que no es muy segura esta casa. Cerrojo tiene la puerta de calle y la de entrada al cuarto: ¿qué falta hace más?

PAULA. Cuando tomé este cuarto, dije al casero que me habia de poner á esas puertas cerrojo: tres dias van desde que nos mudamos, y uno con una excusa y otro con otra, los cerrojos están sin poner. No me gusta una habitacion así. Mañana los mandaré yo poner á mi costa, y traeremos aquí las camas; esta noche dormimos allá.

JUSEPA. Dormirás tú; que yo, en claro me la llevaré como la pasada y la antepasada. Yo ¡que tengo un miedo tan grande á los muertos!... y en la Lon-

ja del Cármen, encimita de nuestra covachuela, enterraron un jorobado anteayer!

PAULA. ¡Una chica de tanto juicio como tú...

JUSEPA. De dia me estaré sola en el sotanillo desde el alba á las oraciones: maldito el cuidado que me da, porque ya se sabe que los difuntos duermen con el sol; así que anochece, me atraganto de susto. En acostándome, se me figura que el techo se va escurriendo, se va poco á poco bajando, bajando; y luégo se abre, y el atahud con el jorobado se me descuelga sobre la cama.

PAULA. Esta noche será la última que nos recojamos allí: tendremos luz, yo trabajaré á ratos, y lo demas lo pasaremos en conversacion ó rezando.

JUSEPA. Rezar, vaya: puede que rezando me duerma. Pero si voy á soñar con el vecino del entresuelo! Tambien tú soñabas anoche con buena congoja... y decias, decias tantas veces...

PAULA. Qué?

JUSEPA. Ese nombre nuevo con que te han confirmado.

PAULA. ¿Cómo!

JUSEPA. Hace unos dias que en lugar de Francesilla, te llaman Francelisa.

PAULA. Jusepa!... Calla!

JUSEPA. «Hola, Francelisa! ya sabemos quién es el dichoso!» Cuántos te decian esto ayer! ¡Qué hatajo de brutos! Ninguno habia conocido ántes que querias á Gabriel.

PAULA. Basta, vámonos.

JUSEPA. Aguarda un poco: tú me has predicado contra el miedo, y yo te quiero predicar contra la tristeza. Eh! no hay por qué afligirse. Gabriel te ha escrito desde el camino que esperaba volverse pronto: con que es menester que tengas buen ánimo... y que estés en lo que haces. Mira que ayer en la tienda no parecias la misma: tan aturdida... tan sofocada!... ¿Qué te decian al oido?

PAULA. Nada percibiste?

JUSEPA. Absolutamente nada: y eso que no dejé de atender. Pero si tambien me atolondraban á mí! En fin, todos los dibujos que habia, recientes y añejos, todos se despacharon. Lo que me chocó

fué que apénas entró una mujer á comprar ni encargar.

PAULA. Jesus!...

JUSEPA. Y una porcion de parroquianas, señoronas y señoruelas, pasaron por la acera de enfrente sin saludarnos. La marquesa de Toral, la letrada de la calle de Sal-si-puedes, la alquiladora de coches de la calle de Noramala-vayas....

PAULA. Coge, coge el farol.

JUSEPA. Voy á llevarme qué leer. (*Toma el farol y se entra por la derecha.*)

PAULA. Dios mio! ¿qué he hecho yo para que todo el mundo así se me atreva? ¿Quién es el que me quita el crédito? Si llegara á saberlo Gabriel!... (*Vuelve Jusepa con un papel.*)

JUSEPA. Este papel estaba entre las jácaras que me llevo.

PAULA. A ver.

JUSEPA. Calla! Es una copla que te han sacado.

PAULA. Dame, dame: no leas.

JUSEPA. Oh! Si es muy linda! Óyela. (*Lee.*)

Francelisa la bella
ya tiene dueño:
la noticia se sabe
por el correo.
Guapo de rumbo,
alcanzóla el que corre
más que ninguno.

PAULA. (*Aparte.*) El Correo mayor! ¡El Conde de Villamediana! Oh!

JUSEPA. Vítor el poeta! Me gusta. Muy bien!

PAULA. Querida hermana, tú sabes que esa es una calumnia atroz.

JUSEPA. No es sino la pura verdad. Este guapo de rumbo es Gabriel.

PAULA. ¿Gabriel!

JUSEPA. Gabriel, soberbio jinete, que pretendia entrar de picador en Palacio. ¿No viste qué bien manejaba la mula que le trajo Mateo! Consolaos, Francelisa la bella... Ahora lo comprendo: te llaman así porque habrá corrido esta seguidilla toda la Corte.

PAULA. Si supieras lo que me afliges!...

JUSEPA. Alégrate, Paula: siendo corredor tan famoso el

amigo ausente, volverá corriendito. Ea, vamos á velar al difunto del Cármen.
(*Llaman á la puerta de calle.*)

PAULA. Quién es?

VOZ. (*Dentro.*) Venid á verlo.

JUSEPA. Abro?

PAULA. No, no: quiero yo conocerle. (*Toma la luz y se vá por la izquierda.*)

ESCENA II.

JUSEPA.

Fama tenia Paulita; pero segun va, ni Lope de Vega. Le componen seguidillas, romances... Francelisa la llaman tambien en aquel romance del galan desdeñado.—Francelisa... No atino por qué le suena mal ese nombre... Francelisa la bella... Si es mote, es bonito... y á ninguna fea se le puede poner.

ESCENA III.

EL ALCALDE. PAULA.—JUSEPA.

PAULA. Pasad, señor Alcalde, pasad.

JUSEPA. El señor Francos de Garnica! Tenga usiría muy buenas noches, señor Alcalde.

PAULA. Enciende esas velas, Jusepa.

ALCALDE. Niña, déjanos á solas un rato.

JUSEPA. Obedezco á usiría con muchísimo gusto. (*Enciende las luces, toma el farol y se entra por la derecha.*)

ESCENA IV.

EL ALCALDE. PAULA.

ALCALDE. Paula, á estas horas, algo extrañaréis mi visita.

PAULA. Un poco me inquieta, señor Alcalde.

ALCALDE. Vengo por vuestro bien, y he procurado que

no me vean. (*Se sientan.*) ¿Qué relaciones teneis con Gabriel Jimenez?

PAULA. Su madre y su abuelo aprueban que se case conmigo.

ALCALDE. ¿Cómo es que se os atribuyen públicamente muy otros amores?

PAULA. Ah señor Juez! qué os podré yo decir? Yo gozaba de una reputacion sin mancha; la paz y la alegría de una conciencia pura me acompañaban en mi reducido obrador, en la calle, en el lecho: estimada de los ancianos, obsequiada honestamente por los jóvenes, me respetaban todos;—y de pronto veo que huyen de mí las damas, los vecinos me escarnecen, los disolutos me solicitan con escándalo, me insultan con suposiciones las más injuriosas... suposiciones que son una horrible mentira, señor Alcalde, que no tienen el más leve fundamento de verdad.

ALCALDE. Y sin embargo, la voz que os acusa es tan general y de tal enemiga, que esta noche las placeras del barrio trataban de daros una cencerrada afrentosa.

PAULA. Yo no soy culpada, os lo juro: defendedme, por la pasion de Nuestro Señor.

ALCALDE. A eso vengo: parte de mi ronda está esparcida por las inmediaciones, parte junto á la puerta. Mas ¿cómo se ha formado, qué orígen ha tenido esa mala voz? Supongo que sabréis la copla que...

PAULA. Ya me la han dicho al oido en la covachuela, señor; ya me la han dado escrita; creo que sin el respeto que inspiran los pocos años de mi hermana, me la hubieran cantado.

ALCALDE. Esa copla, divulgada precisamente cuando el Gobierno dispone rigorosas medidas para la reforma de las costumbres, ha producido malísimo efecto... y alguna causa debe tener. ¿Qué ha mediado entre vos y el Correo Mayor?

PAULA. Señor, yo apénas conocia de vista al Conde de Villamediana; de oidas sí, nada ventajosamente por cierto. Habia oido contar de él que de todo el mundo habla mal, y que por eso le habian ya desterrado; que, despues que enviudó, á la mu-

jer más honrada se atreve; que una habia muerto, por causa del Conde, á manos de un marido celoso; en fin, que hasta habia sido capaz de...

ALCALDE. Acabad.

PAULA. Esta primavera se dijo que representándose en Aranjuez no sé qué comedia del Conde, en cuyo espectáculo figuraba la Reina, prendió el Conde fuego á unas colgaduras, para sacar á la Reina en brazos. Tal es la opinion que tenia yo del señor Conde de Villamediana.

ALCALDE. Y ¿cómo es que ahora...

PAULA. Hará un mes cumplido que al retirarme con mi hermana (siendo ya de noche) desde la covachuela del Cármen á mi habitacion en la calle de Rompelanzas, un hombre embozado me solia decir al paso alguna expresion galante y decente; yo continuaba mi camino sin ladear la cabeza. En mi casa tropecé con papeles echados allí por debajo de la puerta: el que me los escribia afirmaba ser persona de alta posicion, y me hacia cuantiosas ofertas: rasgué los papeles. Por fin, la noche del dia en que Gabriel salió de Madrid, habiéndose quedado detras mi hermana, porque un paje la detuvo de intento, el embozado se llegó á mí á la puerta de mi casa, y me habló; por primera vez le miré, y conocí que era el Conde de Villamediana.

ALCALDE. Y vos entónces...

PAULA. Imaginad cómo le responderia yo que pocas horas ántes habia visto partir á Gabriel. Llegó Jusepa; se fué irritado el Conde, ágriamente despedido por mí; al otro dia me envió con unos versos unas joyas de gran valor; devolví las joyas, me quedé con los versos; no le he vuelto á ver desde entónces, y todos me dicen que ese hombre ha triunfado de mi honra.

ALCALDE. Teneis ahí á mano esos versos?

PAULA. No sé dónde los he confundido, porque he andado hoy como loca... loca, señor Alcalde. Tal vez mi hermana... Con vuestro permiso. (*Levántase y llama.*) Jusepa!—Ella es tan curiosa y tan amiga de leer...

ESCENA V.

JUSEPA.—EL ALCALDE. PAULA.

JUSEPA. Qué quieres?
PAULA. ¿Has visto unos versos... un romance que...
JUSEPA. Mujer, tú tienes la cabeza perdida: ya me preguntaste por ellos, y te convenciste de que por fuerza se los habias dado á un comprador ú otro, envolviendo en ese papel un dibujo.
PAULA. Ay! Tienes razon.—Distraida, le dí; y no puedo recordar á quién. Ya no es posible que lo veais.
JUSEPA. Verlo no; pero si el señor Alcalde se contenta con oirlo, yo sé de memoria el romance.
ALCALDE. Pues ¿cómo!
JUSEPA. Lo leí tres veces: no necesitaba yo más.
ALCALDE. Vaya, pues recítánoslo.
JUSEPA. Dice arriba, de letra gorda: «A Paula Reina, la Francesilla:» luégo entra asi:

¿Para quién, Amor, tu diestra (1)
tan solícita se armó
con tanto encendido rayo,
con tanto punzante arpon?
Para quien no se resiste,
bastaba fuerza menor:
ya conoce tu inclemencia
mi rendido corazon.
Son mis amores reales:
ciego niño, ciego dios,
vuelve á tu aljaba las flechas:
en tierra postrado estoy.

ALCALDE. ¿Qué quiere decir eso de *amores reales*, Paula!
JUSEPA. Como se llama Paula Reina...
ALCALDE. Es verdad: sois Reina de apellido.
JUSEPA. Los amores con Paula Reina son reales amores: paulares ó paulinos; pero sin disputa reales. Y sigue:

---

(1) En este romance de Villamediana, y en un soneto que se verá en el acto tercero, se ha variado algo el texto original.

Francelisa, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son,
dulcísimo laberinto,
de mil almas perdedor;
si no olvida quien bien ama,
no esperes que olvide yo;
que no escarmientan desdenes
al que adora tu rigor.
Causa de mi mal hermosa,
que con negros rayos sol,
haces á las hebras de oro
vencedora emulacion;
permite que á las cadenas
que amor tan puro forjó,
no se les atreva el tiempo
ni la desesperacion.

ALCALDE. Por ese romance no se puede hacer cargo á la persona que lo escribe: respira sumision y ternura sin asomo de resentimiento.

JUSEPA. Sí: fiad en la blandura de ese Conde galopo! Con un papel requiebra, y con otro araña.

ALCALDE. Cómo sabeis que es de un Conde ese escrito?

PAULA. ¿Nos has escuchado!

JUSEPA. Como el señor Alcalde no me dijo que no escuchase...

PAULA. Este sonrojo me faltaba!

ALCALDE. Retiraos al zaguan: acompañad al Escribano.

JUSEPA. Paula, créeme: el Conde es el que te quita el crédito, ese lengua de hacha es.

ALCALDE. ¿Teneis algun motivo para...

JUSEPA. Pues ¿no está claro? El Conde ha querido á mi hermana; mi hermana no le ha querido á él; y él, de rabia, la acusa para que ninguno la quiera. Alcalde habia yo de ser hoy; que cuando no me le azotasen mañana temprano, como á la embustera de Guadalajara... Perdone usiría la indirecta, señor don Diego: me voy al zaguan. (*Váse.*)

ESCENA VI.

El Alcalde. Paula.

Alcalde. (*Aparte.*) Cuidado con la niña! Quizá... quizá...
Paula. Señor Juez, proporcionadme una entrevista con el Conde.
Alcalde. ¿Con Villamediana!
Paula. A mí me calumnian, á él tambien. Si á un caballero no le deshonra, no le hace favor que le atribuyan la pérdida de una humilde trabajadora. A los dos nos conviene justificarnos: que vea yo al Conde.
Alcalde. (*Llamando.*) Pedreguera!

ESCENA VII.

El Escribano. — *Dichos.*

Escrib. Señor...
Alcalde. Llegaos á casa del señor Conde de Villamediana, y preguntadle si quiere honrar mi habitacion esta noche unos breves momentos.
Escrib. Al instante voy. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

El Alcalde. Paula.

Alcalde. Paula, ya conoceréis que no debeis dejaros ver del público por algun tiempo.
Paula. En las entrañas de la tierra quisiera esconderme.
Alcalde. Yo os propondria que os recogiéseis voluntariamente por un corto plazo.
Paula. Pues bien, señor Don Diego: en Madrid, la voz que me denigra ya se ha extendido por todas partes; fuera de aquí no habrá cundido todavía. En el convento de Santa Clara de Valladolid es

religiosa la madre de Gabriel; la opinion de aquella santa esposa de Cristo me importa más que la de toda la Corte: yo quisiera prevenir en mi favor á la que miro ya cual si fuera mi madre; allí sabría tambien de su hijo. Yo quisiera retirarme á Valladolid.

ALCALDE. Muy discretamente pensado. Os trasladaréis esta noche á mi casa; hablaréis allí al Conde; y cuando mejor os parezca, partiréis á Valladolid.

PAULA. Estoy á vuestras órdenes, señor Don Diego.

ALCALDE. Si ahora os vieran salir conmigo, creerian que íbais presa: me retiraré con la ronda, quedando en la esquina Pedreguera con un criado, que os acompañen cuando salgais. Otro llevará ahora, cubierta con la capa, á la niña, para que no la vean.

PAULA. Gracias, señor Alcalde! Infinitas gracias por tanta bondad: el cielo os la premie.

ALCALDE. Paula, hasta luégo. Quedaos, hija.

PAULA. Quiero cerrar. *(Toma una luz y acompaña al Alcalde.—Un momento despues se va abriendo lentamente el armario.)*

ESCENA IX.

EL CONDE, *que sale por el armario.*

El Alcalde Garnica ha venido á esta casa, y ha puesto alguaciles por los contornos. Paula no tendrá miedo esta noche como las dos pasadas, y permanecerá aquí. Ya se van. Ah! se llevan la niña. Paula va á quedar sola: puedo hablarla ya sin obstáculo.

ESCENA X.

PAULA.—EL CONDE.

PAULA. *(Sin ver al Conde.)* Sí, mi calumniador es el Conde: yo se lo diré; se lo haré confesar, aunque no parezca el romance... que era de su letra sin duda.

CONDE. Paula!

PAULA. Jesus! María!

CONDE. Tranquilízate y óyeme.

PAULA. ¿Cómo habeis entrado!... Ah! por allí!

CONDE. Por allí se baja á una escalera que termina en un pasadizo, el cual, atravesando la calle del Arenal, va á parar á mi librería. Soy tu casero, Paula: Santoyo es un dependiente mio.

PAULA. Ah! Y ¿él me ha traido aquí por mandato vuestro?

CONDE. En otra parte no te me dejabas hablar.

PAULA. Ni áun aquí habeis de conseguir que os escuche. Tornad por donde habeis venido, ó principio á gritar...

CONDE. Grita, si quieres. Alguaciles andan por ahí; vendrán, los esperaré, me entraré á su vista por ese armario, y tú les dirás lo que se te ocurra para defender tu reputacion.

PAULA. Mi reputacion! Vos me la habeis quitado!

CONDE. Este miserable mundo es así: no hay en él un bien que no traiga su inconveniente. Eres hermosa, has de ser amada: desdeñas á un amante, hace lo que puede para rendirte.

PAULA. Habeis podido calumniarme, rendirme nó.

CONDE. Debo decirte en primer lugar, que Gabriel se ha escapado del que le acompañaba, se ha venido á Madrid y está preso.

PAULA. ¡Preso?

CONDE. Por disposicion del Conde de Olivares, mi amigo.

PAULA. Amigo vuestro!

CONDE. Eramos contrarios poco há; ya estamos unidos, y yo soy árbitro de la suerte de Gabriel.

PAULA. Vos!

CONDE. Yo. El se ha declarado autor de una sátira que tiene enfurecidísimo al Rey; se dará cuenta á S. M., que áun no tiene noticia de la declaracion de Gabriel; y Gabriel perderá la vida, si desdeñas más á Villamediana.

PAULA. Oh! Todo eso es falso.

CONDE. Es tan cierto como que Paula Reina está públicamente preconizada por favorita del Correo Mayor. Que lo seas, que no, de esta nota no te libras ya.

PAULA. Es que mi Gabriel no puede creerlo.

CONDE. En cuanto le digan que vives aquí: sabe que esta casa y la mia se comunican, y no es él capaz de amar á una mujer sin buena opinion.

PAULA. Pero, señor Conde, esa opinion en que vos me habeis puesto, esa hedionda mentira con que me habeis salpicado la tez, ese inicuo enredo, obra de pocos dias, ¿ha de durar siempre? ¿ha de resistir á la fuerza de la verdad? No soy yo como Leonor de Mendoza, que atemorizada con la calumnia, ha justificado al calumniador; culpada yo en el concepto de todos, el testimonio de mi conciencia me sostiene: yo sé que soy mujer de bien, aunque todo el mundo afirme lo contrario. Yo acudiré á los tribunales; acusaré de impostores á cuantos me traigan en lenguas; haré ver que lo que se dice de mí no ha podido ser. Cuándo habeis podido vos acercaros á mí? ¿De dia? Los mercaderes y vecinos fronteros al Cármen jurarán que no habeis puesto los piés en mi tienda nunca. De noche? No se aparta de mi lado mi hermana...—Vamos, yo estoy loca ó se me principia á trastornar la razon. Pues ¡no estoy vindicándome ante vos, que sabeis mi inocencia mejor que nadie! Con la mirada firme, con la cabeza ergida me presentaré á defender mi honra con tres testigos, la verdad, la inocencia y el crímen; Dios, mi hermana y vos mismo, Conde, vos que en frente de un Juez no os atreveréis á mentir contra el cielo, contra vos, y contra la que ni en vida ni en muerte será de vos.

CONDE. Paula, yo te amo, y soy poderoso, y no estoy enseñado á rogar. El Conde Juan de Tássis Peralta no se ha echado el embozo por otra que tú; á ninguna más ha rondado, á ninguna le ha escrito más de un papel. Tú me has hecho olvidar mi ambicion; émulo de Olivares, por no desviarme de tus ojos he pactado treguas con ese fátuo, con ese raposuelo taimado y miedoso, que puesto al frente de un pueblo de leones, ha de acobardarlos, ha de perderlos. Constante escarnecedor del orgullo, de la ignorancia, la venalidad y la hipocresía; desde que puse mi amor

en tí, de nada hago caso; dejo á los bellacos y á los necios en inesperado sosiego: el mordaz Conde de Villamediana no murmura ya. Paula, caminos tortuosos hay que por último conducen al bien; soy libre, y te amo yo mucho, Paula; nada habrá difícil para mí cuando tú me ames. Llámete yo mia, y dispon de mi existencia á tu gusto: enfrenaré mi lengua, romperé mi pluma satírica: me siento por tí capaz de ser virtuoso.

PAULA. Principiad ahora y aquí; si esperais llegar á la virtud por el arrepentimiento, arrepentíos de haberme infamado; arrepentíos de esta venida: no os falta de qué.

CONDE. Dame tú el ejemplo arrepintiéndote de tu necio desvío.

PAULA. Señor Conde...

CONDE. (*Poniéndose delante de la puerta de la izquierda.*) Por aquí no habeis de pasar; por allí (*Señalando á la derecha.*) no hay salida: convencéos de que estais en mi poder.

PAULA. No, infame! no! (*Huye rápidamente, éntrase por el armario y cierra la puerta que le sirve de fondo.*)

ESCENA XI.

EL CONDE.

Paula! Paula!—Cerró de golpe, los pestillos cebaron, y quedó tan firme la puerta como si realmente apoyara en un muro: por aquí no hay manera de abrir. Vive Dios! Paula va á llegar á mi cuarto sin dificultad: á mano tiene luz; la puerta de allá quedó con la llave puesta por este lado... Si la ven, me alborota la casa; si no la ven, se marcha á la calle. Ir á mi casa es lo más urgente. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA XII.

MATEO.—EL CONDE.

MATEO. (*Dentro.*) Quién va?

CONDE. (*Dentro.*) Quién viene?

MATEO. (*Dentro.*) Quien necesita conoceros. Volved piés atras.

CONDE. (*Volviendo con la espada en la mano.*) ¿Quién se atreve á estorbarme el paso?

MATEO. (*Saliendo con espada en mano.*) Calle! Esto sí que no lo esperaba yo.

CONDE. Aquí Mateo!

MATEO. Vos aquí, señor Conde!

CONDE. A quién buscais en esta casa?

MATEO. Al que vivió en ella, y todavía no habrá olvidado el camino. A Gabriel.

CONDE. Está preso.

MATEO. Está libre.

CONDE. Cómo ha sido el soltarle?

MATEO. Gabriel escribió en su encierro dos cartas, una al señor Conde de Olivares, y otra á Jorge Tovar; fueron ambos á verle, y salió entre los dos, asido á sus brazos.

CONDE. (*Aparte.*) Declararia que es Jorge su padre.

MATEO. Ignorando vos esto, no habréis visto á Gabriel, no está aquí.

CONDE. Aquí no.

MATEO. No? Pues está en vuestra casa.

CONDE. En mi casa!

MATEO. De fijo. Desde que supe que habia salido de su encierro en Palacio, he corrido tras él, y hace poco le ví rondando de la calle Mayor á la del Arenal. Me pareció que habia entrado en vuestra casa; creí luégo que le habia visto acercarse á ésta: no hallándose aquí, en vuestra casa le teneis.

CONDE. Pues necesito... necesito ir á verle inmediatamente.

MATEO. Yo tambien: os iré sirviendo.

CONDE. En buen hora.

ESCENA XIII.

El Escribano. Alguaciles.—El Conde. Mateo.

Escrib. Alto!

Conde. Quién se entra aquí?

Escrib. Bésoos las manos, señor Conde. Es la ronda del señor Alcalde Don Diego Francos de Garnica.

Conde. Y ¿á qué viene la ronda á esta casa?

Escrib. A saber quién se introduce en ella. El señor Alcalde nos puso en acecho; hemos visto entrar á un galan, hemos querido conocerle, y nos hallamos dos en lugar de uno.

Mateo. Pedreguera, el que entró pocos instantes há, fuí yo.

Conde. Yo estaba... yo no tengo que responderos.

Escrib. Si yo no os pregunto. Solamente os diré que el señor Alcalde tiene precision de veros esta noche en su casa; que ya dí el aviso en la vuestra; y como no estábais en ella, no habeis podido recibirlo.

Conde. Iré á ver al señor Alcalde. (*Dirígese á la puerta.*)

Escrib. (*Llamando.*) Paula!

Conde. (*Deteniéndose.*) Paula... no está.

Escrib. No ha de estar? Vaya!—Señora Paula!

Conde. Cuando os digo que no se halla aquí...

Escrib. Si estaba y no ha salido, señor!

Conde. Mirad si la encontrais.

Escrib. No he quitado ojo á la puerta miéntras he permanecido en la calle; con que... (*A dos Alguaciles.*) Vos y vos hacedla salir. Si le da vergüenza, que se eche el manto; pero ha de venir con nosotros. (*Entranse por la derecha los dos Alguaciles.*)

Conde. ¿Os parece que si estuviera ella aquí, y uno de nosotros fuera galan suyo, se os habia de permitir llevarla?

Mateo. Yo no soy galan de mujer nacida; lo fuí de una, y gracias á un malvado que Dios extermine... (*Salen los Alguaciles.*)

Un Alg. No hay nadie en la casa.

OTRO. Ni puerta por donde escaparse.
ALG. 1.° Ni sitio donde haberse escondido.
ESCRIB. ¿No! Guardad aquella puerta. (*Éntrase por la derecha.*)

ESCENA XIV.

EL CONDE. MATEO. ALGUACILES.

CONDE. (*Queriendo salir.*) Permitid...
ALG. 1.° No hay paso.
ALG. 2.° No hay salida.
MATEO. Qué prisa teneis? Aguardemos á ver en qué pára esto.

ESCENA XV.

EL ESCRIBANO.—EL CONDE. MATEO. ALGUACILES.

ESCRIB. Pues, señor, no está!
CONDE. Veis cómo es cierto?
ESCRIB. Cierto es que no está; mas tambien es cierto que no ha salido.
CONDE. Si no hubiera salido, estaria.
MATEO. Eso lo comprende un negro bozal, señor Pedreguera: echo ménos vuestra perspicacia esta vez.
ESCRIB. Pues entónces, por donde ha salido ella, salgan vuesas mercedes: nosotros nos vamos, y los dos quedais bajo llave.
MATEO. Buenas noches: yo ya he cenado.
CONDE. Pedreguera, ¿olvidais quién soy yo?
ESCRIB. Señor Conde, esta no es vuestra casa ni de Mateo, y os hallo aquí á entrambos, y no hallo al ama de la casa, la cual, si no ha volado por el cañon de la chimenea ó por entre los hierros de las ventanas, no ha podido escapar: de tal prodigio debe darse cuenta á la Inquisicion para que lo califique. Vos, señor Conde, pasais por travieso; el señor Mateo, mi camarada, estuvo ya sentenciado á colgar...
MATEO. Pedreguera! El Rey sabe por qué.

CONDE. Pedreguera!

ESCRIB. El señor Alcalde tiene que verse con el señor Conde; vive cerca; pronto le avisamos, y le haréis la honra de hablarle aquí.

CONDE. Escribanillo, os acordaréis del 27 de Julio de 1622.

ESCRIB. ¿Qué! Me pondrá en coplas el señor Conde? Escríbalas, y que se extiendan mucho: soberbias multas cogeré. ¿Os parece que habérselas con un escribano es lo mismo que satirizar á un ministro? Probad y veréis. A la calle, muchachos. (*Vase con los Alguaciles y cierran con llave.*)

ESCENA XVI.

EL CONDE. MATEO.

MATEO. De buena gana me reiría, si no me hubiesen renovado la memoria de mi delito... la memoria de aquella infeliz.

CONDE. (*Aparte.*) ¿Qué habrá hecho Paula! Si ha tropezado con Santoyo, aquel apocado vejete la deja marchar.

MATEO. Señor Conde, ya que nos ponen presos, aunque por poco tiempo será, voy á tomarme la licencia de pediros una merced.

CONDE. Qué merced? Qué puedo hacerte yo?

MATEO. Vos, como poeta, conoceréis á todos los que hacen versos en Madrid: querria me dijéseis de quién son unos, de quién es la letra de unos que traigo conmigo cuatro años há.

CONDE. A ver.

MATEO. Tengo los tales versos en dos papeles, que parecen original y copia, aunque tal vez la copia pertenecerá tambien al autor. (*Saca una cartera, y de ella dos papeles.*)

CONDE. (*Aparte.*) Mi romance para todas, quizá.

MATEO. Este es el papel más antiguo... y éste es el más moderno. (*Da el más antiguo al Conde.*)

CONDE. (*Aparte.* El romance á Margarita es.)—Veamos. (*Lee.*) ¿Para quién, Amor, tu diestra
tan solícita se armó

de tanto encendido rayo,
de tanto punzante arpon?

MATEO. Lo mismo dice aquí; y despues:
(*Lee.*) Para quien no se resiste,
bastaba fuerza menor:
ya conoce tu inclemencia
mi rendido corazon.

CONDE. (*Lee.*) Alarde excusado hiciste,
ciego niño, ciego dios:
vuelve á tu aljaba las flechas;
en tierra postrado estoy.

MATEO. (*Lee.*) Margarita, cuyos ojos
mi culpa y disculpa son...

CONDE. Basta. ¿Para qué quieres saber tú quién compuso estos versos?

MATEO. Para matarle.

CONDE. Y si te ahorcaban?

MATEO. Harian muy bien.

CONDE. Y yo muy mal si diera lugar á dos muertes, que se evitan así. (*Rasga el papel.*)

MATEO. Señor Conde! Qué habeis hecho?

CONDE. Lo que haria en tal ocasion todo hombre de juicio. Yo no puedo decirte de quién sea esa letra; ya tampoco te lo podrá decir ninguno; te excuso un crímen, te salvo la vida.

MATEO. ¿Qué me importa la vida á mí desde que maté á mi mujer!

CONDE. Y ¿qué tiene que ver la muerte de tu esposa con este romance?

MATEO. Por el que lo escribió la maté.

CONDE. La galanteaba ese hombre?

MATEO. Galanteaba á la esposa de mi amo, la Duquesa de...

CONDE. La Duquesa Margarita: lo indica el romance.

MATEO. Yo servia al Duque, y mi mujer era criada de la Duquesa. Yo queria á mi mujer con delirio, y tenia celos del sol que le daba en la frente. El autor de estos versos, que nunca pude saber quién era, trató de seducir á mi noble señora, ménos firme que noble; y una noche oscurísima sorprendí en el jardin de mis amos á un hombre embozado, que hablaba cariñosamente á mi Andrea, y le tenia cogidas las ma-

nos. Desenvainé la espada, ciego de ira, dirigiendo el golpe al traidor embozado: huyó el cuerpo, y mi espada se clavó en el pecho de mi inocente esposa.

CONDE. Y el embozado... se retiró sin que le conocieras.

MATEO. Una palabra de mi Andrea me impidió el perseguirle. «¿Qué has hecho!» me dijo; pero ¡cómo exhaló su boca moribunda aquella expresion! «¿Qué has hecho!» fué decirme... oh! lo comprendí perfectamente... fué decirme: «Tú me quitas la vida, y yo te amaba; te amo, te he sido fiel siempre; ese hombre no me hablaba por mí.»—Cayó en tierra, caí á sus piés, me tendió una mano... en ella estaba la prueba de su inocencia; ese papel que habeis leido, que me habeis roto... en él estaba el nombre de Margarita, el de Andrea nó.

CONDE. Cierto: fué un error lastimoso.

MATEO. «No pierdas á mi ama,» dijo al entregarme el papel; «no pierdas á mi ama, esposo mio.»—Esposo mio! Y ¡estaba espirando á manos de su esposo! Pobre Andrea mia! Cumplí su mandato, guardé el papel, dejé llevarme preso, me condenaron á muerte; el Rey, que era entónces Príncipe, obtuvo mi indulto á ruegos de mi ama, y quizá de álguien más... Por esto vivo, y por esto quiero matar á ese hombre, aunque muera por ello.

CONDE. Y ¿no has enseñado ese papel á nadie?

MATEO. A nadie más que á vos.

CONDE. Por qué te he debido la preferencia?

MATEO. Porque han dado en decir en Palacio estos dias que tambien pedísteis vos al Príncipe que solicitara mi indulto.

CONDE. ¡Yo?

MATEO. Y por si conocíais á mi embozado... Si le conoceis, bien podeis avisarle que se guarde de mí.

CONDE. No olvides las palabras de Andrea: «No pierdas á mi ama.»

MATEO. Matarle no sería perderla.

CONDE. El no te ha ofendido: segun tu relacion, ese hombre pedia á tu mujer que llevara esos versos á Margarita, versos de los cuales se infiere

que entre el autor de ellos y la Duquesa no habia culpable amistad.

MATEO. Señor Conde, mi mujer y yo éramos los guardianes de la honra de mi señor, achacoso y anciano: muerta mi Andrea, y yo en una cárcel...

CONDE. Déjate de suposiciones, que, para mí, son bien excusadas: média en esto una gran señora, y es obligacion mia, como caballero, defender su decoro. A otra cosa.

MATEO. Pues á otra cosa. Los alguaciles estarán ya léjos de aquí, y no nos verán si salimos de encierro: quereis que salgámos?

CONDE. Por dónde hemos de salir?

MATEO. Por la puerta.

CONDE. De qué modo?

MATEO. Abriéndola.

CONDE. Abriéndola... con qué?

MATEO. Con su llave: con ésta. (*Saca una con guardas en ambos extremos.*)

CONDE. ¡Esa? Y esa llave, ¿abre las dos puertas?

MATEO. Con estas guardas de este extremo abre la puerta de la entrada á la habitacion; con estotra la puerta de calle.

CONDE. Cómo has adquirido tú esa llave, Mateo?

MATEO. Sabeis que salí de Madrid con Gabriel; de aquí á Valencia no le perdí ni un instante de vista; pero en Valencia se me escapó, teniéndome que abandonar su maleta: en ella iban ropas y unos papeles, y en un jubon suyo encontré esta llave.

CONDE. Trae pues, trae: salgamos. (*Váse con la llave.*)

MATEO. (*Siguiéndole.*) Con esa llave he venido yo aquí, figurándome que cuando Gabriel se habia quedado con ella, y su novia vivia tambien aquí, á este nido habia de venir á parar. (*Vuelve al proscenio.*)

ESCENA XVII.

MATEO.

Se marchó, dejándome con la palabra en la boca. No, pues yo no me retiro hasta que vea si doy

con algo que fortifique ó destruya mis fundadas sospechas. Pero ¿cómo ha de haber cosa que las destruya? Este romance, copia fiel del rasgado, lo encontré con otros versos en la maleta de Gabriel: Gabriel debe de haberlo escrito; él debe ser el galan encubierto de mi ama. El romance que me entregó mi difunta, era de otra letra, es verdad; pero Gabriel sabe hacer dos formas de letra: con la una escribiria á mi ama, con la otra se habrá copiado. De las dos, todavía no conozco de cierto ninguna; pero Paula tendrá cartas de él aquí: registremos. (*Abre el cajon de la mesa.*) Dibujos... Más dibujos... Planas de Jusepa... Nada... Ahí dentro tal vez... (*Váse por la derecha.*)

ESCENA XVIII.

Gabriel, *saliendo por el armario.*

Aquí no está el Conde! ¿Qué habia de estar! En todo me engañaba la pérfida. Mejor hubiera sido esperarle en su misma casa, y matarle allí. Salgo de un encierro; me dice mi padre que Paula me vende; quiero hablar al Conde; Santoyo me deja en la librería de su amo; se abre la puerta del secreto; y aparece allí Paula! Traidora! Y ¡áun queria persuadirme de su inocencia! Santoyo la libró de mis iras; que si no se la lleva pronto á la calle...

ESCENA XIX.

Mateo, *con un farol y una carta.*—Gabriel.

Gabriel. Un hombre! No es él!
Mateo. El es!
Gabriel. A qué habeis venido á esta casa, Mateo?
Mateo. A buscar un papel y al que lo haya escrito. El papel es este: el que lo ha escrito, quién es?
Gabriel. Soy yo: es una carta mia, dirigida á Paula.
Mateo. Mirad bien si os equivocais.
Gabriel. Es mi letra y mi firma.

MATEO. Y aquellos papeles que llevábais en la maleta, ¿son de vuestra mano tambien?

GABRIEL. Todos estan escritos por mí.

MATEO. Reparad que esa declaracion puede comprometeros.

GABRIEL. Esa declaracion la he dado al Conde de Olivares, y sin embargo he sido puesto en libertad.

MATEO. Ved que hay allí unos versos con el nombre de cierta dama...

GABRIEL. (*Aparte.*) Leonor Mendoza. Vergüenza da... Pero yo no falto á mi palabra, aunque la haya dado á un rival infame.

MATEO. ¡Callais? Aquello era mucho para un hombre de vuestra especie: no pueden ser vuestras aquellas coplas.

GABRIEL. He dicho que es mio, canalla.

MATEO. Hijo de mala madre! no lo repetirás. (*Desenvaina.*)

GABRIEL. La vida te costará ese horrible insulto, vil asesino. (*Desenvaina.*)

MATEO. Asesino pudiera ser, y te permito sacar la espada: valgo mas que tú. (*Lidian, y es herido Gabriel.*)

GABRIEL. Santo Dios! Ah Conde! Ah Paula! (*Cae.*)

ESCENA XX.

EL ALCALDE. EL ESCRIBANO. ALGUACILES.—*Dichos.*

ALCALDE. Qué es esto?

ESCRIB. Un herido!

GABRIEL. Socorredme. Llevadme de aquí.

ALCALDE. Es Gabriel!

MATEO. Es Gabriel Jimenez, herido por Alonso Mateo, ballestero del Rey.

GABRIEL. Ha sido un error... un error á que yo he dado lugar.

MATEO. Yo no necesito que se me disculpe. Se me mandó acompañar á ese hombre, y se me autorizó para matarle si trataba de huir. Huyó en Valencia, le hallé en Madrid; y en Madrid... ya veis... le estorbo la fuga.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de una rica tienda de sedas y lienzos, en la Calle Mayor, esquina á la callejuela de San Ginés, ahora calle de Coloreros. Gran puerta en el fondo, con dos grandes ventanas inmediatas á ella, por donde se ven los portales de enfrente y la calle de Boteros, hoy de Felipe III. Una puerta á la izquierda abre comunicacion con el resto del cuarto; otra á la derecha da á la callejuela. Mostrador, asientos: una imágen de Santa Inés, titular de la tienda, sobre la puerta del fondo.

ESCENA PRIMERA.

UN CIEGO, UN ROSARIERO, UN ALOJERO, UNA FRUTERA, *y gentes de todas clases ván y vienen por la Calle Mayor*; INÉS, DOÑA GUIOMAR *y* PETRONILA *en la tienda*; *despues*, LA MARQUESA, *dos* DUEÑAS *y un* ESCUDERO.

CIEGO. Papeles nuevos! noticias y oraciones!
ROSAR. El camandulero de Sevilla! Camándulas!
ALOJER. Obleas y aloja! Bizcochos de soplillo!
CIEGO. Evangelios y coplas! La premática nueva!
ALOJER. Soplillos y suplicaciones! Barquillos y aloja!
FRUTER. Peras de Agosto! Melocotones de Aragon! (*Sale la Marquesa con dos Dueñas y un Escudero.*)
MARQ. Dios os guarde, Inés. Doña Guiomar, Petronila, muy buenas tardes.
INÉS. Señora Marquesa, venga vueseñoría en muy buena hora.

GUIOM. Beso las manos á vueseñoría.

PETRON. Beso á su señoría la mano, señora Marquesa.

MARQ. Perdonad si os he hecho esperar mucho, mis buenas amigas.

GUIOM. Acabamos de llegar, señora Marquesa.

MARQ. No he querido traer el coche, y ¡en qué me he visto para cruzar las calles!—Hay un gentío!...

INÉS. Como es hoy domingo, y la tarde algo fresca, todo Madrid sale á paseo á esta calle Mayor.

CIEGO. Nuevo decreto de S. M. mandando que á los Ministros y demas personas que sirvieren oficios graves, se les haga inventario de sus haciendas, para que se sepa con qué caudal entraron en sus plazas.

PETRON. Con esa medida, no hubiera juntado tanto dinero don Rodrigo, el que degollaron.

MARQ. Pasma el ver que muchos principian á desempeñar ciertos cargos, hechos unos Adanes...

ALOJERO. Obleas y barquillos! soplillos y suplicaciones!

ROSAR. El camandulero! camándulas!

MARQ. Y esos perdidos, á los pocos años rebientan de...

FRUTERA. Gordos y ricos, melocotones de Aragon!

MARQ. Con que vamos á darnos cuenta recíproca de nuestras diligencias. (*Las Dueñas y el Escudero se retiran.*)

CIEGO. Soneto á una doncella que deja el siglo, soneto famoso del señor Conde de Villamediana.

MARQ. Calla! ¿Si será...

INÉS. Ciego! Aquí! A la tienda de santa Inés.

ROSAR. Por ahí, buen hombre.

CIEGO. (*Pasando de la calle á la tienda.*) Soneto del señor Conde de Villamediana. Quién pide otro? Soneto grande: catorce versos de marca imperial.

INÉS. A quién es el soneto, hermano?

CIEGO. Aunque no lo dice, se sabe que se ha escrito para la Francesilla. Es gran cosa! Un maravedí vale: tasa del Consejo.

PETRON. Tomad un cuarto.

CIEGO. Viva muchos años, hermana. Con Dios. (*Váse.*)

PETRON. Háganos la merced de leerlo, señora Marquesa, porque yo... una triste alquiladora de coches...

INÉS. Yo soy mercadera, y tampoco sé leer más que

las marcas de los paquetes: en sabiendo cobrar...

GUIOM. A mí me está enseñando ahora mi hijo, y cada dia me da palmetas. Pero yo no he de quedarme sin aprender, porque no le está bien á la mujer de un letrado no conocer las letras.

MARQ. Dice pues el soneto: «A una niña hermosa que deja el siglo»...

ESCENA II.

EL CONDE.—LA MARQUESA. INÉS. GUIOMAR. PETRONILA. *Gente en la calle.*

CONDE. Bésoos los piés, señoras.

MARQ. Oh señor Conde!

CONDE. Señora Marquesa de Toral! Señoras mias!

INÉS. El señor Conde adelanta hoy un poco su visita á mi tienda.

CONDE. Por anticiparme la satisfaccion que aquí me aguardaba.

MARQ. Leednos vuestro soneto á Paula: acabamos de comprársele á un ciego.

CONDE. Es un pensamiento comun: como la persona á quien se dirige.

INÉS. No, la hermosura de vuestra Francelisa no es nada comun.

MARQ. La tijera del Conde es la de las Parcas: á nadie perdona.

GUIOM. Con que... dice el soneto...

CONDE. Dice así: (*Lee.*)

Tú, que el dulce vivir de alegres años
vas á trocar en reclusion penosa,
y el blando peto y falda vagarosa
en cilicio cruel y rudos paños;
Tú, que, viendo del mundo los engaños,
te recoges al puerto presurosa,
cual nave que entre noche tenebrosa
teme del mar los encubiertos daños;
Canta la dicha que en su seno encierra
la que amante de Dios, de Dios amada,
su fe le rinde con ferviente anhelo;

Que si el piloto, divisando tierra,
mueve la voz, de júbilo embargada,
¿qué hará viajera que descubre el cielo?

MARQ. Bonito soneto, señor Conde!

PETRON. Precioso!

MARQ. Si compusiérais siempre cosas así!..

GUIOM. Pero un soneto del señor Conde á la Francesilla debia ser más tierno.

PETRON. Más amoroso.

CONDE. Por qué?

INÉS. Válgame Dios! Por qué será?

PETRON. Por qué estamos reunidas aquí nosotras?

GUIOM. ¿No es para proporcionar á esa chica un dote, con que se éntre en los Angeles?

MARQ. Y hace un mes no tenia vocacion de monja.

INÉS. Ni ahora se le nota mucha; pero tiene pundonor y delicadeza...

MARQ. Á la covachuela no podia volver.

PETRON. Sus humos no son para sujetarse á servir.

MARQ. Gabriel (gracias que vive) no trata de casarse con ella: no le quedaba más arbitrio decente que meterse monja. Nosotras éramos parroquianas suyas, la estimábamos, le teníamos lástima; fuimos á verla á casa del Alcalde Garnica... allí nos juró por Dios y santa María que era inocente...

CONDE. Y juró la verdad.

MARQ. Desgraciada verdad! Nadie le ha dado crédito, ni áun el mismo Gabriel.

INÉS. Ella y el señor Conde ¿qué han de decir? Otra cosa no les estaría bien.

MARQ. Ello es que al cabo de llorar muchísimo y de una infinidad de protestas, hubo de rendirse á nuestras exhortaciones, consintió en recogerse, y nosotras nos obligamos á facilitarle los medios.

CONDE. Así una opinion general errónea obliga á esa jóven, estimulada por su pundonor, á tomar un estado que le repugna. Yo repito aquí lo que declaré con juramento en la informacion sobre la herida causada á Gabriel. Nada he tenido que ver con la Francesilla.

GUIOM. Si os encontraron una noche en su casa.

INÉS. Y á ella en la vuestra.

PETRON. Y se ha descubierto que entre las dos casas hay un pasadizo por debajo de tierra.

MARQ. Decid cuanto querais en favor de Paulita; con ese pasadizo, no pasa.

INÉS. Van acercándose los caballeros que á estas horas concurren diariamente aquí para conversar: vámonos adentro nosotras.

MARQ. Yo he reunido más de cuatrocientos ducados entre mis conocidos; ¿cuánto ha recaudado mi amiga Inés?

INÉS. Trescientos cincuenta.

PETRON. Yo más de trescientos.

GUIOM. No he juntado yo tanto; pero pasa de cien ducados lo que traigo conmigo.

INÉS. Ha de haber más que se necesitaba. Sírvase vueseñoría pasar.

MARQ. A más ver, señor Conde. (*Vánse las cuatro.*)

ESCENA III.

SANTOYO.—EL CONDE.

SANTOYO. Señor amo...

CONDE. Qué ocurre, Santoyo?

SANTOYO. Que ha ido á visitaros Gabriel.

CONDE. Qué tal se halla ya?

SANTOYO. Bastante endeble; hoy es el primer dia que sale. Fué la herida terrible.

CONDE. Y ha librado bien el maldito del ballestero. Qué queria Gabriel?

SANTOYO. No me lo declaró; mas yo conocí que no os busca de paz. Le dije que vendríais, como soleis, á esta tienda...

CONDE. Bien. Si me quiere algo, que me busque. Yo no estoy ya mal con él. Si Paula no es mia, no es suya tampoco: hay para consolarse. Me despreció esa simple, le compuse una seguidilla: se enclaustra, le dedico un soneto: la indemnizacion pasa de equitativa, raya en generosa.

SANTOYO. Quisiera advertiros, cuando me dejeis hablar, como en efecto no soleis...

CONDE. Me han dicho que el soneto á Paula debería ser más enamorado: yo no quiero ya tal mujer. En-

caprichada por su Gabriel, ó por su convento, no merece que Villamediana piense más en ella: húndase para mí en el olvido: revuelva contra todos mi furia satírica, principiando por ese Rey, que no sabe más que hacer coplas y malas; pasando á la Reina, francesilla pusilánime, que ni áun tiene el espíritu de la Francesilla vulgar...—Gasto un mes en escribirle á S. M. femenil una comedia de tramoyon, hirviendo en lisonjas, que el discurrirlas me dió calentura... (yo lisonjero!); le hago ver que prestándome su favor, podríamos echar á puntapiés á ese Conde, que áun á ella la humilla; la cojo en brazos en un incendio, y me dice con su lengüecilla gabacha: «Sólo el Rey toca á mí: decatmi; no custo de isto.»—Tampoco gusta el Conde de quien desconoce su puesto.

SANTOYO. Parece que en las Gradas de San Felipe han leido un papel...

CONDE. Paula Reina... Mejor llevaría la corona esa testaruda... esa villana indómita...—Hombre, no me mientes á Paula nunca.

SANTOYO. Si sois vos quien me la nombrais.

CONDE. No quiero acordarme de ella, no quiero nada que me la recuerde.

SANTOYO. El año de 1618 os desterró el difunto Rey por...

CONDE. Oyes, estantigua?

SANTOYO. Os oigo, á ver si me escuchais luégo á mí.

CONDE. Ofrece á las religiosas de los Angeles una lámpara de plata de tres arrobas, por la trenza de Paula.

SANTOYO. Ya veo que no quereis nada que os la recuerde.

CONDE. Tú te figuras que, por la Francesilla, seré yo capaz de cualquier disparate.

SANTOYO. No, señor; de casaros con ella no os creo capaz.

CONDE. Tendría que pedir vénia al Rey; se mofaría de mí la Reina; Quevedo el patojo me traería entre consonantes, y Lopillo, y el frailuco de la Merced... Y Rojas se haria rajas de gusto, y á Juanete Alarcon no le cabría en la corcova la risa, y eso que cabe allí el arca de Noé.

SANTOYO. Señor Conde, cuando os desterraron cuatro años há...

CONDE. Cuando me desterraron la segunda vez, bramaba de ira, y no tenia tan mal humor como tengo ahora. No digas á nadie el por qué.

SANTOYO. Digo yo de vos nada? Miéntras yo viva, seguros están los secretos que me habeis confiado.

CONDE. Miéntras tú vivas... ¿Quién morirá primero!

SANTOYO. Señor Conde, paso de los sesenta.

CONDE. Una estocada se administra en Madrid con tan poco reparo... dígalo Gabriel. Si muero ántes que tú, quedas facultado para declarar de mí cuanto sepas. Aborrezco la hipocresía: la seguidilla contra Paula se me pone en los labios á cada momento.

SANTOYO. Por murmurar, hasta de vos murmuraríais.

CONDE. Cuando te hallas muy triste, qué sueles hacer?

SANTOYO. Hago bien al prójimo: suelo dar una limosna crecida.

CONDE. Te entristeces muy á menudo?

SANTOYO. Una vez al año... cuando es bisiesto.

CONDE. No te empobrecerá la melancolía. Me conviene hacer hoy una buena obra: Paula no me ha consentido que la dote...

SANTOYO. Dadme vuestras órdenes y correré yo con el donativo: si lo haceis vos, lo echaréis á perder con alguna aprension.

ESCENA IV.

UN SANTERO, *con un cuadro de demanda.—Dichos.*

SANTER. Caballeros, esta bendita imágen tiene concedida indulgencia plenaria: sacad una alma del purgatorio.

CONDE. Cien ducados hay ese en bolsillo.

SANTER. Cien almas habeis enviado al cielo.

CONDE. Teneis certeza de que ya están allá?

SANTER. Tengo fe segurísima.

CONDE. Al que entra en la gloria, no le despiden: recojo el dinero para otra obra de caridad. (*Coge la bolsa y váse.*)

SANTER. Mal hace en burlarse de los difuntos ese caballero: á todos nos ha de llegar nuestra hora.

ESCENA V.

JUSEPA.—SANTOYO. EL SANTERO.

JUSEPA. Buenas tardes, señor Santoyo.

SANTOYO. (*Aparte.* Por no encontrarse con la chiquilla, se va mi amo.)—Buenas tardes, mudita. (*Al Santero.*) Yo os entregaré los cien ducados: venid conmigo. (*Aparte.*) Al fin se me escapó, sin que le instruyera de lo que se susurra: volveré luégo aquí. (*Vánse Santoyo y el Santero.*)

JUSEPA. Dónde se han detenido? Ah! ya llegan.

ESCENA VI.

EL ALCALDE. PAULA.—JUSEPA. *Despues*, LA MARQUESA. INÉS. DOÑA GUIOMAR. PETRONILA.

PAULA. No me abandoneis, Sr. D. Diego: ya que me habeis dispensado la honra de traerme aquí, ayudadme á persuadir á mis protectoras. (*Salen la Marquesa, Inés, Doña Guiomar y Petronila.*)

MARQ. Bueno, bueno: estamos conformes.—Ay! que tenemos aquí á Paulita!

INÉS. Nuestra santa!

GUIOM. Nuestra penitente!

PETRON. Nuestra convertida!

JUSEPA. (*Aparte.*) Convertida la llaman, y el señor Alcalde no vuelve por ella! No lo puedo sufrir. (*Váse á la puerta del fondo.*)

MARQ. Hija mia, ya no teneis que desvelaros por vuestra suerte: mil y doscientos ducados de dote os hemos reunido.

JUSEPA. (*Aparte.*) Me escapo á las Gradas de San Felipe. (*Váse.*)

INÉS. Mañana principiaremos las diligencias para que os dén el hábito.

PAULA. Vivais largos y felices años, señoras: hay que devolver ese dinero á mis bienhechores: no lo necesito ya.

PETRON. ¿Cómo es eso, niña!

GUIOM. Renunciais á vuestro buen propósito?

MARQ. Eso sería...

PAULA. No, señoras, no: demasiado sé que mi reputacion exige ese sacrificio de mí.

ALCALDE. Paula está ya admitida en el monasterio de Santa Clara de Valladolid.

PAULA. Allí es religiosa una madre, que en recompensa de los beneficios que ha prestado al convento, tiene derecho á un hábito para huérfana pobre. Con tal proporcion, debe esa cantidad reservarse para otra más necesitada que yo.

MARQ. El desembolso ya está hecho, y el uso no podia ser mejor: ese dinero no debe tornar á los que le han dado.

ALCALDE. Pudiera servir para dote de Jusepita.

PETRON. Mucho!

MARQ. Sí por cierto!

GUIOM. Muy buena idea!

INÉS. Para dote de la niña será en cualquier estado que elija.

PAULA. Oh señoras mias! Eso sí que os lo agradezco con el alma y el corazon. Gracias por ella, gracias por mí, que ya quedo sin cuidado en el mundo. Pero por aquello que más ameis; por Dios, á quien debemos amar sobre todo; por Dios nuestro Señor, que si en el dia de mañana consultais la voluntad de esa niña, no se la contrarieis como la suerte se complace en contrariársela á su infeliz hermana.

MARQ. Vamos, Paula, es menester olvidar esos devanéos, afirmar los piés en el buen camino, y no volver los ojos atras.

ESCENA VII.

GABRIEL.—PAULA. LA MARQUESA. INÉS. DOÑA GUIOMAR. PETRONILA. EL ALCALDE.

GABRIEL. Señoras... el señor Conde de Villamediana ¿ha venido?...

PAULA. Gabriel!

GABRIEL. Paula!

INÉS. El señor Conde se ha retirado de aquí; pero entiendo que volverá.

GABRIEL. Señor Don Diego, sabeis que durante mi curacion yo no he visto á Paula: hallándola aquí, ¿me permitiréis vos y estas damas una corta entrevista?

ALCALDE. Por qué no?

MARQ. Si Paula quiere...

PAULA. Yo... necesito querer.

MARQ. Nos retiramos á la puerta, para concederos más libertad. (*Apártanse las cuatro señoras y el Alcalde.*)

PAULA. Gabriel, desde casa del señor Alcalde Garnica te dirigí tres cartas: no sé si te las habrán entregado.

GABRIEL. Sí; me las dieron juntas, cuando el estado de mi herida lo permitió. No podia escribirte, dije que te vería... y al fin nos vemos. Quise ver ántes á tu galan; pero te hubiera visto despues.

PAULA. ¡Tú tambien? ¿tú piensas de mí como todos! Las declaraciones del Conde, ¿no me justifican completamente, siquiera contigo?

GABRIEL. Para el vulgo, te justifican poco; para mí, se te ha querido justificar demasiado: uno y otro te pierde.

PAULA. Tú deliras, Gabriel.

GABRIEL. Paula, ¿no jura el Conde que ni te hablaba ni te escribia? Pues sí que te ha escrito: me lo declaraste al partir desterrado. Y no me negarás que te habló: cuando te encontré en su aposento, me lo dijiste. El Conde ha mentido, el Conde se ha hecho reo de perjurio por salvar tu fama: perjurio inútil! Madrid no le cree por lo que sospecha, y yo por lo que sé.

PAULA. En casa del Conde me hallaste fugitiva de él, y habiéndole encerrado en la habitacion que fué tuya. Despavorida, tropezando á cada momento en mi precipitacion honrada, oscilando la luz en mi mano trémula, crucé el angosto subterráneo de una casa á otra, pidiendo al cielo un defensor de mi inocencia bajo el techo del Conde. Abro con angustia una puerta; veo al hombre que

amaba, me arrojo á sus brazos... ¡Cómo me recibiste! Me rechazaste con oprobio, Gabriel!

GABRIEL. El desventurado Gabriel Tovar es hijo de madre que no fué esposa; la primera vez que me dijeron el nombre de mi padre, le oí denostado y escarnecido. Yo nací con amor á la honra; yo no podia quitarme los padres que me habia dado quien todo lo ordena; pero podia y queria emplear mi amor en una mujer que trajese á mi casa cariño para mi cariño, buen nombre para mi buen comportamiento con ella. Cariño me tenias, de buen nombre gozabas: ¿dónde se fueron?

PAULA. De mi nombre, pídele cuenta al que me le roba; yo no mando á la suerte: mando en mi pecho, y mi amor es el mismo que siempre fué. Haber ocupado la morada en que tú viviste, ocuparla por eso ¿ha de contárseme por agravio á tu amor?

GABRIEL. Cierto. Nada más inocente que pasarte á mi cuarto; yo no te habia dicho que tenia comunicacion con la casa del Conde.—Te solicitaba un poderoso, le tenias miedo, me necesitabas para tu defensa, no estaba yo aquí... yo he tenido la culpa, no me debo quejar.

PAULA. Basta, Gabriel. Víctima de un descrédito inmerecido, me daba horror pensar que me echaban á empellones del mundo, quedando en él álguien que llorase acaso perderme. Te unes á mis detractores, nadie piensa bien de mí, nadie me cree sino tu madre: ¿qué he de hacer sino reunirme con ella? Sola, abandonada, sin defensor entre los hombres, ¡ampáreme la providencia de Dios! (*Váse por la derecha.*)

MARQ. Sigámosla. (*Entranse tras Paula las cuatro.*)

ESCENA VIII.

MATEO.—GABRIEL. EL ALCALDE.

MATEO. Señor Alcalde, el señor Conde de Olivares necesita veros al punto.

ALCALDE. Dónde?
MATEO. En Palacio.
ALCALDE. Voy á servir al señor Ministro. (*Váse.*)

ESCENA IX.

GABRIEL. MATEO.

MATEO. Señor Don Gabriel, yo os herí malamente, y la Justicia me dió por libre.
GABRIEL. Combatimos de igual á igual, y tú con excusa bastante: por eso ni mi padre ni yo hemos pedido nada contra tí.
MATEO. La culpa fué vuestra: os hice una pregunta, y no me respondísteis verdad.
GABRIEL. Mateo, nada tenemos que hablar los dos.
MATEO. Dijísteis que era vuestro el romance á la Duquesa Margarita, encontrado por mí en vuestra maleta; y eso no me lo debísteis decir.
GABRIEL. Te dije, ó te quise dar á entender por lo ménos, que eran mios los versos contra doña Leonor Mendoza.
MATEO. Ya: ved ahí el error.
GABRIEL. Además, de todo papel escrito de mi mano, respondo yo.
MATEO. No debeis responder de lo que no habeis podido hacer. Habrá un año que estais aquí, y el romance á la Duquesa Margarita se hallaba en mi poder hace cuatro años cumplidos: cuando el autor de ese romance lo ponia en Madrid en manos de mi difunta Andrea, estábais vos en Valladolid. Al autor de esos versos buscaba yo, y sigo buscándole.
GABRIEL. Por qué?
MATEO. Porque, por él, tuvo el Rey que perdonarme... lo que no puedo perdonarme yo. En vuestra maleta encontré, además de ese papel aciago, una llave de vuestra casa.
GABRIEL. En algun bolsillo de mi ropa.
MATEO. Cabal. Llegué á Madrid, supe que Paula habia tomado la habitacion que vos tuvísteis, y se me

figuró que, de noche por lo ménos, habriais de verla.

GABRIEL. Fuí preso al llegar, y conducido á un calabozo de Palacio con gran sigilo...

MATEO. Como que ignorante yo de ello, entré á buscaros en vuestra habitacion, ya de Paula, tres noches seguidas.

GABRIEL. ¿Tú! Cómo entraste allí?

MATEO. Con vuestra llave: con ella y con una linterna, el dia de mi llegada á Madrid, siendo ya media noche, me fuí á la calle del Arenal, decidido á penetrar, si podia, en el cuarto de Paula, para ver si os refugiábais allí. Metí la llave en la cerradura del portal, y la puerta se abrió. Como no estaba echado el cerrojo por dentro, y allí no habia más vecino que Paula, comprendí que la inquilina debia estar fuera. En efecto, con la misma facilidad abrí la puerta del cuarto; encendí luz, y me hallé solo en él.

GABRIEL. Gran Dios! Y ¿qué noche fué esa?

MATEO. La del 25 de Julio, el dia que se mudó Paula, porque hasta ése no la precisaron á dejar su cuarto de la calle de Rompelanzas.

GABRIEL. Conque la noche del 25 ¿no la pasó Paula en la casita de la calle del Arenal!

MATEO. A las seis de aquella mañana la ví abrir desde adentro la covachuela de la calle del Cármen. Y á la noche siguiente sucedió lo mismo; la tercera, que fuí temprano, tropecé primero con el Conde, y con vos despues.

GABRIEL. ¡Y me lo decia Paula en casa del Conde con el más puro acento de la verdad, y no quise, no pude, no acerté á creerla!

MATEO. Y parece que miéntras tanto, ya cantaban las fregonas al ir por agua:

Francelisa la bella
ya tiene dueño:
la noticia se sabe
por el correo.

GABRIEL. Por él se ha sabido, sí! Esa infame voz es obra del Conde; es sistema suyo difamar á una mujer, para que se pierda, ó cobarde ó desesperada. Conde! el último dia de tu vida es hoy.

ESCENA X.

JUSEPA.—GABRIEL. MATEO.

JUSEPA. Bien puede ser, porque anda ya un tole tole contra el tal Condecito, que tiene que oir. Y soy yo quien ha levantado la polvareda.

GABRIEL. Tú?

MATEO. Cómo?

JUSEPA. No mereciais que lo dijese; pero cuando no habeis muerto de la estocada que os pegó este salvaje, Dios quiere sin duda que volvais á ser muchacho de juicio.

GABRIEL. Al caso.

JUSEPA. Pues, señor, ese Conde malo escribió á mi hermana un romance, que principia con estos versos:

¿Para quién, Amor, tu diestra
tan solícita se armó
de tanto encendido rayo,
de tanto punzante arpon?

MATEO. Ese romance ya habia servido para otra.

JUSEPA. Ese romance se le habia dado Paula con unos dibujos á una mujer, y no sabía quién. Cuando ví yo que el señor Conde sostuvo que ni habia escrito ni hablado á mi hermana, me puse rabiosa. Habrá embustero! Pues ¡si habia yo tenido su papel en mis manos, si lo sabía de memoria!... Lo he sacado yo de mi cabeza? ¿galanteo á mi hermana yo?

MATEO. Estaba ese papel escrito de mano del Conde?

JUSEPA. Pues no habia de estar?

GABRIEL. Por dónde te consta?

JUSEPA. Porque me lo ha dicho una dama que, á la cuenta, lo debe saber.

GABRIEL. Qué dama es esa?

JUSEPA. Doña Leonor Mendoza.

GABRIEL. Cómo has hablado tú con ella?

JUSEPA. Porque una criada suya solia comprar dibujos en nuestra covachuela. Yo me desvivia con el ansia de encontrar el dichoso romance para

mostrárselo al Conde y decirle: «¿Veis cómo habeis escrito á mi hermana? Pues como habeis mentido en esto, habréis mentido en otra cosa más principal.»

GABRIEL. Y ¿esa criada... ó esa Leonor...

JUSEPA. Miéntras vos penábais con vuestra herida, y mi hermana con sus pesadumbres, yo, cada dia con un pretexto, salia de casa del señor Alcalde á preguntar á las parroquianas por nuestro curioso romance. Ayer tropecé con la Serapiona, la criada de Doña Leonor. Le digo: «¿Te ha dado mi hermana unos versos con algun dibujo?» Me dice: «Allí tengo un papel escrito: no sé leer.—Vamos á verlo.» Y me encajo en casa de Doña Leonor.

MATEO. Esta chica es el diantre.

JUSEPA. Ay, amigos! qué bonita es la Doña Leonor! Y qué amable! Apénas le dije que el Conde de Villamediana era un pícaro, me plantó un par de besos, que me dejó señal.

MATEO. (*A Gabriel.*) Leonor sabe ya por Doña María Tercero, que la décima contra ella es obra del Conde.

GABRIEL. Y en efecto, ¿el romance...

JUSEPA. Estaba envolviendo unos festones de guardapiés. Ya he dicho que Doña Leonor es muy guapa; pues cuando acabó de leer el romance, se puso divina: le relucian los ojos de una manera...

MATEO. Ya.

JUSEPA. Me hizo mil cariños, y me regaló una porcion de cosas, porque le dejara el romance hasta hoy. Yo le hice presente que trataba de pedir al Rey que mandase averiguar quién era el que habia calumniado á mi hermana, y que para ello se necesitaba presentar á S. M. el romance. «El Rey lo verá, me dijo Leonor, y es inútil que veas al Rey.» Yo callé; pero desde allí me fuí á vuestra casa, caballero Gabriel Tovar; se lo conté á vuestra señora madrastra, que vale mucho más que su hijastro; me ha sacado la audiencia, y ahora vamos á Palacio las dos.

MATEO. Y el romance? os lo han vuelto?

JUSEPA. Me ha dicho la Serapiona que lo tiene el Rey. Pero aquí entra lo mejor.

GABRIEL. Qué es?

JUSEPA. Que en ese romance hay un verso que dice: *Son mis amores reales...*

MATEO. ¿Cómo es eso!

GABRIEL. ¿Cómo dice así!

JUSEPA. Como que fué escrito para una reina... la Reina Paula, primera de este nombre.

MATEO. Ah!

GABRIEL. Y qué?

JUSEPA. Que doña Leonor, no sé con qué motivo, ha mandado extender copias á docenas del bendito romance, diciendo por supuesto que es obra del Conde; y para no perjudicar á mi hermana, se ha suprimido en las copias el primer renglon del original.

GABRIEL. ¿Qué decia el primer renglon?

JUSEPA. «A Paula Reina, la Francesilla.» Como ya no va en el romance el nombre y apellido de Paula, parece que se ha escrito, no para la Reina Francesilla, sino para la Reina Francesa, la Reina real y efectiva, nuestra señora: lo han leido miles de personas, y está medio alborotada la poblacion.

ESCENA XI.

EL ESCRIBANO.—*Dichos.*

ESCRIB. Niña, la señora secretaria del Patronato llega ya aquí.

JUSEPA. Adios, Gabriel. Voy á ver á S. M.

MATEO. Jusepa, Jusepa! recobrad el romance; necesito yo verle. (*Vánse Jusepa, el Escribano y Mateo.*)

ESCENA XII.

EL CONDE. *Varios* CABALLEROS.—GABRIEL.

GABRIEL. El Conde!

CONDE. No deis en esa necedad, señor don Gonzalo: el

romance fué escrito para la Francesilla. *Francelisa* es un anagrama libre de *Francesilla.*

CAB. 1.° Y de *lis francesa* ó *francesa lis,* distintivo de la casa Real de Francia.

CAB. 2. *Son mis amores reales,* dice á la letra uno de los versos: me parece que esto no necesita explicacion.

CONDE. Paula se llama Reina de apellido.—Ah! Señor don Gabriel!

CAB. 1.° (*A los otros.*) Y la comedia de Aranjuez?

CAB. 2.° Y el abrazo entre el fuego?

CAB. 1.° Fuego en el abrazo!

CONDE. Habeis ido á mi casa: ¿qué teneis que mandarme?

GABRIEL. (*Ap. al Conde.*) Señor Conde, vos habeis declarado que no habeis pretendido á Paula.

CONDE. Cierto: por defender su honra.

GABRIEL. Y acabais de decir que le habeis escrito un romance de amores.

CONDE. Cierto: por defender la honra de S. M.

GABRIEL. Pues á pesar de lo noble de ambas defensas, la una ó la otra declaracion es men...

CONDE. Chit! no acabeis. Convaleced, curaos del todo; y si quereis, reñiremos entónces.

GABRIEL. Ha de ser ahora.

CONDE. Yo os propuse un duelo cuando me dijísteis quién érais, y lo rehusásteis por que no os convenia; soy ménos egoista que vos: por conveniencia vuestra, me niego á éste.

CAB. 1.° Señor Conde, nos olvidais.

CONDE. Queria obtener del señor D. Gabriel Tovar que nos favoreciese con su compañía.

CAB. 1.° Nos honrará mucho el señor D. Gabriel.

CONDE. Venid, agregáos al corro, sentáos. Hoy dejais el lecho despues de tres semanas: tratad de esparciros, no lo querais todo en un dia.

GABRIEL. (*Aparte.*) Yo veré de irritarle.

CONDE. Estas son mis Gradas de San Felipe; en las otras, de la acera de enfrente, se reunen mis enemigos.

GABRIEL. Mucha gente se junta allí.

CONDE. Vivimos entre hombres tan raros, que el obrar mal no se tiene por culpa, y es culpa el decirlo.

Y ¡son tantos, amigo y señor D. Gabriel, son tantos aquellos de quienes se puede decir!...

CAB. 1.° Hoy, como es domingo, nos colocamos aquí, á la parte de adentro, para que el soportal quede libre á los paseantes.

CAB. 2.° Es extraño en verdad que se pasee tanta gente por la Calle Mayor, y tan poca en el Prado.

CONDE. Se abstienen de pisar la yerba, por si la necesitan pacer.

CAB. 1.° A propósito de pacientes: allí va el Alguacil Mayor.

CONDE. Periquito Verjel?

CAB. 2.° El señor D. Gabriel no le conocerá.

CONDE. ¡Qué galan pasa Verjel
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron ántes
de amantes de su mujer!

CAB. 1.° Qué os parece el epigramita?

GABRIEL. El señor Conde rima la palabra *verjel* con la de *mujer*, y no son consonantes.

CONDE. Licencia poética, maese Gabriel.

GABRIEL. Es muy aficionado á licencias el señor Conde.

CAB. 1.° Su musa ostenta siempre cierto espíritu juvenil...

GABRIEL. Quizá tenga ménos de juvenil que de Juvenal.

CONDE. Al señor Tovar le ha servido servirme.

CAB. 2.° Señores, novedad! Doña Aldonza á pié!

CAB. 1.° Es verdad, que siempre va en coche.

CAB. 2.° O por lo ménos, á caballo.

CONDE. En jumento la he visto yo una porcion de veces.

CAB. 1.° Cuándo?

CONDE. Cuando se apea en brazos de su caballerizo.

CAB. 1.° Aquella tapada debe ser Leonorcita Mendoza.

CAB. 2.° Bella dama es.

CONDE. Dama, sí; bella... cá!

TODOS LOS CABALLEROS. Bellaca! Ah! ja! ja! ja!

CAB. 2.° Qué niños son aquellos vestidos de blanco?

CAB. 1.° Unos moritos marroquíes, bautizados esta mañana: parece que su padre es un sujeto ilustre.

CONDE. ¡Niños moros, hijos de padre ilustre? Serán hijos del Virey de Nápoles, moro oculto de las Vistillas.

CAB. 2.° Hablais del Virey que fué, ó del que lo es?

CONDE. Del que era Virey, y por concision quería un título con dos letras ménos.

CAB. 1.° *Virey*, sin la primera sílaba, *Rey*.

GABRIEL. Señor Conde, eso es llamar traidor al Duque de Osuna, y parece poco puesto en razon hablar así de un hombre que, hallándose preso, no puede defenderse de vos.

CONDE. Creeis que esté preso por nada?

GABRIEL. Os desterraron á vos por algo?

CONDE. Sois vos juez de mis escritos ni de mi lengua?

GABRIEL. Podeis moverla vos contra nadie?

CONDE. Mirad que todavía no he dicho nada que os toque á vos.

GABRIEL. Esto es advertiros con tiempo que tengo espada.

CONDE. ¡Espada? Una caña con una esponja os estaría mejor.

GABRIEL. Maldiciente sin vergüenza, defiéndete. (*Desenvaina.*)

TODOS LOS CABALLEROS. Señores!

ESCENA XIII.

INÉS, LA MARQUESA, PAULA, DOÑA GUIOMAR, PETRONILA.—*Dichos.—Despues, dos Mancebos de tienda.*

MARQ. }
INÉS. } Señores! señores!
PETRON. }

(*Tocan á la oracion; descúbrense todos los Caballeros.*)

CONDE. Señores... tocan á oracion! Ave María, como dice Fr. Simon de Rojas.

PAULA. (*A Gabriel.*) Señor Don Gabriel, los soldados rezan con la espada en la mano; vos no perteneceis al ejército. (*Le hace envainar, tomándole ella misma la mano derecha y la vaina de la espada.*)

GABRIEL. (*Aparte á Paula.*) Paula! ¡era para vengar tu inocencia!

PAULA. (*Aparte.*) Ah! Todavía me ama! (*Salen dos mancebos de la tienda, encienden luces y se retiran.*)

MARQ. El Rosario de las mujeres! (*Pasa un Rosario de mujeres por la Calle Mayor con direccion á la calle de los Boteros.*)

GABRIEL. (*Aparte á Paula.*) Perdon, Paula mia: no vayas á Valladolid!

(*Las mujeres del Rosario, cantan*):

Madre nuestra del Rosario,
dadnos fe, salud y paz,
y en la muerte no nos falte
vuestro amparo celestial. (*Vánse.*)

ESCENA XIV.

EL ALCALDE. ALGUACILES.—EL CONDE. GABRIEL. LAS SEÑORAS. LOS CABALLEROS. *Despues*, MATEO.

ALCALDE. Buenas noches, señores. (*Sale Mateo y se coloca detras de los Alguaciles.*)

INÉS. Buenas, y muy buena venida, señor Alcalde.

ALCALDE. Señor Conde de Villamediana, comisionado por el señor Conde de Olivares para lo que os diré, tengo que preguntaros si reconoceis como vuestros el concepto y letra de este romance.

CONDE. A ver. (*Mateo procura ver el papel, sin ser visto del Conde.*) Sí, señor: esta letra es mia, estos versos son mios.

ALCALDE. Para quién habeis escrito esto?

CONDE. Cuando el papel estaba entero, y no recortado al rededor como ahora, decia para quién. Para Paula Reina.

ALCALDE. Señora Paula Reina, ¿habeis recibido vos este papel de manos ó de parte del Conde?

PAULA. De parte del Conde. (*Teniendo Paula el papel, Mateo lo ve.*)

MATEO. (*Aparte.*) La misma letra! Es mi embozado!

ALCALDE. Paula, el señor Conde de Olivares, atento á vuestra honra y á las pretensiones del señor Conde de Villamediana, ha impetrado de S. M. la vénia y del Vicario la licencia precisas, y desea que esta misma noche case el Conde con vos.

PAULA. Conmigo!

CONDE. Con Paula!

GABRIEL. El Conde con Paula!

UN ALG. (*Aparte á Mateo.*) Orden secreta: si rehusa el Conde casarse, cumplidla. (*Le da un papel.*)

ALCALDE. (*Aparte al Conde.*) Prestaos á la boda; es negocio de estado: hay que probar que el romance no era para la Reina.

CONDE. (*Aparte.*) Lindo rato voy á dar á Gabriel!

MATEO. (*Aparte, mirando la órden.*) Esto es avivar el apetito al hambriento.

CONDE. Como el señor Conde de Olivares es tan mi amigo, fuerza es complacerle, y no desairar el permiso de S. M. Estoy pronto á casarme con Paula, si ella consiente.

PAULA. Ruego al señor Alcalde que me oiga.

GABRIEL. Respetando los deseos del señor Ministro, pido que se me escuche.

CONDE. Señor Don Gabriel, deseos de un privado, suelen ser órdenes del Rey disfrazadas. Yo he pretendido el amor de Paula, y no lo he podido obtener, quizá por no haber tomado desde luego el recto camino á que me conduce una mano... benévola. Irritado al ver que de nada me aprovechaban con mi desdeñosa ni obsequios ni dádivas, esparcí yo mismo voces contra su honor.

PAULA. Oís, señores?

CONDE. Yo soy el autor de esa seguidilla tan creida como engañosa: manché la copa que deseaba llegar á mis labios; pero con el firme propósito de purificarla. El amor aspira siempre á destruir las desigualdades; el Rey trata de premiar la virtud; la manera no me disgusta... Espero que mi Francelisa me tenderá la mano en señal de perdon; y estoy seguro de que la nueva Condesa llevará dignamente su título.—¿Dónde es la boda, señor Alcalde?

ALCALDE. En casa de la novia, en mi oratorio. Podeis iros allá. (*Sale Santoyo.*)

CONDE. Llegais muy á tiempo, Santoyo: necesitamos reunir la familia. Gabriel, vos convaleciente y yo de boda, dilataremos el ajuste de nuestra cuenta para fines de año.—Paula, bajaos ese

manto á los hombros: en Castilla, las doncellas nobles y honradas, las Reinas, van á desposarse en cabello. (*Bájale á Paula el manto, besa una punta de él, saluda y se va retirando.—Aparte á Santoyo*): Santoyo, adelántate! ¡Postas para Zaragoza! postas para el Correo Mayor!

ALGUAC. (*Aparte á Mateo.*) Ya veis que obedece.

MATEO. (*Aparte al Alguacil.*) Me convido á la boda.—(*Aparte.*) La infeliz Andrea me empuja tras él. (*Váse.*)

ESCENA XV.

PAULA. GABRIEL. EL ALCALDE. LA MARQUESA. INÉS. DOÑA GUIOMAR. PETRONILA. ALGUACILES. CABALLEROS.

PAULA. Señor Alcalde, hoy la opinion pública me obligaba á sepultarme en un claustro: hoy, con la mediacion de S. M., se me quiere obligar á contraer un matrimonio, ajeno de mi clase y de mi eleccion. ¿Por qué culpa merezco yo que el pueblo y el Rey, todos, me tiranicen el albedrío?

ALCALDE. Paula, ved que ser esposa de un Conde vale cuanto os pueda costar.

PAULA. Me costará la vida.

INES. Cobraréis vuestra honra.

MARQ. Vida por honra, Paula: esta es la divisa de la mujer de bien.

GABRIEL. (1) Esa es la divisa del caballero. Si amásteis á un hombre, si ese hombre os amó, ese hombre debia conoceros mejor: cuando os vió calumniada, no debió dar crédito á las inculpaciones y á la calumnia, debió creeros á vos sola; y ni os creyó, ni os defendió, ni os vengó. Ha dejado á su rival que viva; sufra el triunfo de su rival. Paula, sed Condesa, olvidad á Gabriel.

ALCALDE. Vuestro casamiento es un castigo para el Conde y para Gabriel: para el Conde por haber es-

(1) Este trozo puede omitirse en la representacion.

crito contra S. M., para Gabriel por haber sido cómplice (1).

PAULA. Y ¿por qué se me castiga á mí? Justificada ya tan completamente por el Conde, ¿quién tiene derecho para casarme contra mi gusto?

ALCALDE. La declaracion del señor Conde, para la Justicia es prueba inconcusa; para la malicia no.

MARQ. Pues, porque ya el Conde tenia interes personal en justificaros.

INÉS. Si no os casais con él, no quedais bien.

PAULA. ¿Con que la verdad no se cree, y la calumnia sí!

ALCALDE. Casaos con el Conde: si no, el velo de reclusa caerá sobre vos.

PAULA. Mil veces le prefiero. Conducidme á Valladolid, encerradme en el convento de Santa Clara.

ESCENA XVI.

JUSEPA.—EL ESCRIBANO.—*Dichos.*

JUSEPA. Ay, Paula mia! nada hemos obtenido. El Rey estaba muy enojado con el Conde; le nombré á Doña Leonor, y se irritó más.

ESCRIB. Como que se hallaba la Reina allí.

JUSEPA. A Gabriel se le indulta: como hijo de Ministro, sale mejor librado. A tí te sentencian á ser Condesa, y tendrás que irte al destierro de tu marido. (*Ruido y voces en la calle.*)

PAULA. (*Viendo al Conde.*) Santo Dios!

JUSEPA. A mi hermana destierro!—Ah!

ESCENA XVII.

EL CONDE, *herido, apoyado en* SANTOYO.—*Dichos.*

CONDE. Destierro... destierro... Entierro es lo que ya necesito.

ALCALDE. Llegad... asistidle... un médico... (*Váse un Alguacil.*) Señor Conde, quién os ha herido?

---

(1) En la representacion se puede omitir lo que sigue, hasta que dice el mismo Alcalde: «Casaos con el Conde.»

En otras escenas del drama, de este acto y los anteriores, hay trozos tambien que puede omitir en la representacion un Director de compañía entendido.

CONDE. Un acreedor.... impelido por otro.

SANTOYO. Mateo, señor Alcalde; Mateo, que debió seguirnos sin que le viéramos. Al salir de aquí, se llegó á nosotros Don Luis de Haro, que aguardaba á mi señor con su coche: la gente que se detenia para ver pasar el Rosario, nos detuvo tambien. Dijo mi señor á Don Luis...

CONDE. Sí... que me iba de Madrid... que á mí no me casaba por su gusto la amiguita del Rey...

SANTOYO. Lo oyó Mateo...

CONDE. Hirió... y huyó.

ALCALDE. Salid en su busca. (*Vánse algunos Alguaciles.*)

CONDE. No le persigais; debe ser mandado.—Paula, cerca está mi casa... y he querido venir á despedirme de tí. Este (*Señalando á Santoyo*), éste dirá cuanto se necesite para... para que te cases con Gabriel.

PAULA. Ah señor!

CONDE. Tú rogarás por mí... Tú y la Reina... virtuosas, inocentes las dos. Yo te queria... yo me hubiera casado contigo... pero hoy nó... ántes habia de burlar al Privado... y á Leonor y al que... Me oyeron el dicho... Esto ya es hecho! Justicia de Dios! Calumnia por calumnia! Vida por honra! (*Muere. Se oye la música del Rosario, que vuelve. Entran dos Alguaciles trayendo á Mateo; vá el Alcalde hácia él, Mateo le entrega la órden secreta, y el Alcalde al verla se descubre con respeto y dolor; hace una seña á los Alguaciles, y dejan retirarse á Mateo. Miéntras tanto el Rosario, bajando por la calle de los Boteros, pasa por la Calle Mayor, dirigiéndose hácia Santa María, es decir, á la derecha del espectador, por donde vino.*)

CANTAN.

Por nosotros pecadores,
Abogada celestial,
pide ahora y en la hora
que tremenda sonará.

FIN DEL DRAMA.

En los teatros cuyo escenario lo permitiere, el Rosario entrará en la tienda y rodeará el cadáver de Villamediana. Se recomienda á los Directores de escena la música con que se han acompañado en Madrid las dos coplas que canta el Rosario.

3 0112 115886209